6474

JOSÉ RAMOS MARTIN

Las madreselvas

COMEDIA

en tres actos y en prosa, original

Copyright, by José Ramos Martín, 1916

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1916

5

LAS MADRESELVAS

Al Sr. D. Luis Aruej,

dedica esta comedia en prenda de gratitud y amistoso afecto,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARÍA	Concepción Banquer.
DOÑA MATILDE	María Brú.
GUDELIA	María Roxala.
DOÑA EULALIA	Pilar Pérez.
ENCARNITA	Margarita Díaz.
ROSITA	Milagros Aliacar.
UNA ALDEANA	Pilar Roig.
DON FLORITO	Luis de Llano.
SANTIAGO	Nicolás Navarro.
MENÉNDEZ	Francisco Hernández.
RAIMUNDO	Emilio Díaz.
UN ALDEANO	Pedro González.
EL SECRETARIO	Manuel Aliacar.
PEPE	Luis Torrecilla.
UN CRIADO	Rafael París.

La acción del acto primero en Madrid. La de los dos restantes en un hotel próximo a San Sebastián.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor

En esta obra se estrenaron dos decoraciones. La del primer acto fué pintada por el Sr. Gayo: la del segundo, por el Sr. Mollá.

***

El vals y el Two-step que ejecutó en el primer acto de esta comedia el cuarteto del teatro Infanta Isabel, son originales del inspirado maestro don Eugenio de la Presa.

ACTO PRIMERO

Sala elegante. Al foro dos puertas, por las cuales se ve otras dos habitaciones también amuebladas lujosamente. En primer término derecha una puerta; en primer término izquierda ancho mirador con «stor» corrido. Frente a él mesa pequeña y dos sillas. Al foro, entre las dos puertas, sofá y dos butacas. Varios cuadros, algunas sillas volantes; pendiente del techo aparato de luz eléctrica apagado. Es en el mes de Marzo por la tarde.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece DOÑA MATILDE, sentada en una de las sillas volantes que hay frente al balcón, con un libro en la mano. Por la puerta del foro derecha sale MARÍA, se dirige a la llave de la luz eléctrica y enciende. Doña Matilde representa cuarenta y cinco años; María veinticinco. Ambas visten elegantes trajes de reunión

María Aquí me tienes ya arreglada, tía. ¿Qué tal te parece mi vestido?

Mat. A ver... Ponte de perfil, ponte de espaldas... (Contemplándola detenidamente.) Anda un poco... (María obedece.) ¡Admirablemente! ¡Se ha lucido madame Blanchard!

María ¿Te gusta?

Mat. Ya lo creo. El color de la tela es muy delicado, aunque no tanto como aquel de azucena medio marchita que me gustaba a mí, y de la confección, no hablemos.

María Bueno; pero yo te pregunto otra cosa.

674284

Mat. ¿Qué?

María Que si me encuentras bonita.

Mat. Bah, bah...

María No; bah, bah, no. ¿Me favorece el vestido, qué tal me va este peinado?...

Mat. Baja la cabeza, súbela, vuélvete... (María obedece.) Muy elegante, muy distinguido.

María ¿Me das tu visto bueno?

Mat Sí.

María Entonces debo estar impecable. (Se sienta frente a ella.)

Mat. Me complace que de esa manera estimes mi opinión.

María Ay, tía, ya sabes que siempre he seguido tus consejos al pie de la letra.

Mat. No es verdad. Pocos días vienes como hoy a pedirme parecer. Ahora que desde luego supongo que no lo harás porque sí. Algún interés te guiará.

María ¿Interés?...

Mat. Sí. Con seguridad que uno de los que vienen al té de esta tarde ha empezado a clarearse. ¿No es cierto?

María No sé a quién te refieres.

Mat. ¿De veras?...

María De veras.

Mat. Menéndez...

María ¿Pero crees que puedo prestar oído a sus ridículas pretensiones?

Mat. ¿Ridículas por qué?... Menéndez es un hombre joven todavía.

María Pues por eso, porque es joven *todavía,* y yo aspiro a que el que se case conmigo no sea todavía joven, si no joven, solamente joven. Me parece que no es mucho pedir.

Mat. Menéndez tendrá...

María Sus cuarenta.

Mat. Eso; sus cuarenta mil duros de renta.

María No se trata de duros, sino de años, tía.

Mat. Es un hombre de buena posición, muy bien educado, muy cortés. Ha viajado mucho. ¡Es artista!

María Ay, sí. (Suspirando muy significativamente.)

Mat. Claro que no es un Sorolla.

María No, no es un Sorolla.

Mat. Pero más vale que tenga esa afición, que

otra cualquiera en que derrochar su capital En una palabra: Menéndez es un buen partido.

María (Muy descompuesta.) Bueno, pues si no quieres verme de mal humor, no vuelvas a nombrár mele. (Se levanta.) Solamente al pensar que yo podría ser esposa de un hombre así, me pongo nerviosa, muy nerviosa, mira...

Mat. Sí, hija, sí, ya lo veo. Descuida. No volveré a hablarte de Menéndez. (Pausa. María se sienta en el sofá.)

ESCENA II

DICHOS y el SECRETARIO que sale por la puerta del foro derecha

Sec. ¿Da la señora Marquesa su permiso?

Mat. Adelante, ¿qué hay?

Sec. Han traído este memorial y esta carta para la señora Marquesa. (Se los entrega.)

Mat. Serán de algún asunto de la Asociación. ¿Por qué se me ocurriría aceptar la presidencia? Desde el día en que admití el nombramiento, no tengo un minuto mío. (Se levanta.) Siempre estoy leyendo peticiones de socorros y tarjetas de recomendación. ¿Se ha enterado usted de las que recibí esta mañana?...

Sec. Señora Marquesa, eran de...

Mat. Bueno, bueno; luego me lo dirá usted. (Comienza a leer el memorial, y, en seguida suspende la lectura.) Lea también este memorial y conteste lo que crea oportuno. (Se lo da.)

Sec. ¿Manda algo más la señora Marquesa?

Mat. No. Puede usted retirarse.

Sec. Con permiso de la señora Marquesa. (Vase.)

ESCENA III

DOÑA MATILDE y MARIA

Mat. ¿Ves tú? Y luego dirá la gente que las personas que tenemos dinero no hacemos nada. (Abre la carta y se la da a María.) Toma, entérate de lo que dice esta carta.

María Trae. (Mira la firma.) Es de la duquesa de Retamales.

Mat. Ah, de la Duquesa.

María Sí (Lee.) «Distinguida amiga...»

Mat. No, no me la leas. Si tiene contestación, ponle tú la que te parezca, que la escriba a máquina mi secretario... y firma tú por mí. (Vuelve a sentarse.)

María Como quieras. ¿Y Santiago?

Mat. En su cuarto está vistiéndose. ¡Pobre hijo mío! ¿Quién había de decirnos que antes de empezar el verano le tendríamos entre nosotros!

María (Con alegría) ¡Y para no volver más al Seminario!

Mat. No puedes figurarte la tristeza que me dió al saber que mi hijo renunciaba a la carrera eclesiástica. Sólo me consuela el pensar que si efectivamente no tenía vocación...

María No, no la tenía.

Mat. Entonces, habrá sido un bien.

María (Muy satisfecha.) Ya lo creo que ha sido un bien, sin dudar un momento. (Hojeando el libro que antes leía doña Matilde.) ¿Qué libro es este?

Mat. Unas poesías que me ha dedicado Manolito Rozalejo. Creo que tiene algunos versos muy lindos. Léelo tú y luego dame tu opinión sobre él para poderle yo decir algo al autor. ¡A quien se le diga que no tengo tiempo ni para enterarme de los ejemplares que me envían!...

ESCENA IV

DICHOS y SANTIAGO que sale por la derecha

Sant. Mamá, mamá...

Mat. ¿Qué quieres, hijo?

Sant. Que me hagas el lazo de la corbata. Un cuarto de hora he estado delante del espejo sin conseguir que me resulte bien.

Mat. ¿Te convences de que necesitas un ayuda de cámara?

María Sí, sí, hay que encargarlo mañana mismo.

Sant. Claro, para mí estas cosas... El que no está hecho a bragas...

Mat. Por Dios, no digas eso.

Sant. ¿Qué?

Mat. Eso de las bragas. Es una palabra muy ordinaria. ¿No te suena mal?

Sant. No, bragas, bragas ..

Mat. No vuelvas a repetirla.

Sant. No la repetiré; pero, anda, ¿me haces el lazo?

Mat. Sí, hombre, ven aquí. (Se levanta.) Esto es facilísimo. ¡A ver si aprendes! (Empieza a hacérselo.) Se coge esta pnnta por aquí... y luego esta por aquí, y después... ¡María!

María ¿Qué?

Mat. Haz tú el lazo a Santiago. (Se sienta.)

María Con mucho gusto; pero te advierto, primo, que yo no estoy muy fuerte en estas cosas. (Se lo hace.)

Sant. Tú estás fuerte en todo lo que sean modas.

María ¿Sólo en las modas?

Sant. Sí, mujer, y en muchas cosas más. Pero es lógico, viviendo de esta manera como vivís, ocupándoos constantemente en esto, en saber si tal cosa se lleva de este modo o del otro, y si a este sitio debe irse con tal o cual traje. Cosas que a mí me aturden, me marean, me preocupan. Parezco un palomino atontado.

María La falta de costumbre.

Sant. Eso debe de ser.

María Ya está. (Termina de hacerle el lazo.) ¡Mírate al espejo!

Sant. No hace falta, gracias. Ahora mismo estoy pasando las de Caín. Esta camisa me ahoga, las botas me aprietan...

Mat. Claro, estabas más cómodo con la sotana y los zapatones.

Sant. Ay, sí. Con aquello se iba muy cómodo.

Mat. ¿Echas de menos el Seminario?...

Sant. No, mamá, te lo aseguro. Estaba deseando verme libre. Desde que me convencí de que no tenía vocación, aquella santa casa se me venia encima. ¡Si viérais qué alegría sentí cuando dije adiós a mis compañeros y salí con papá Florito a la calle!... Parecía un jilguero al que abren las puertas de su jaula.

María (Riendo.) Y el jilguero se ha transformado luego en un palomino.

Sant. Atontado, prima, atontado.

María Pues es necesario que te avives, que dejes ese apocamiento propio de un colegial; pero no de un muchacho que ha de vivir desde ahora en una sociedad donde la timidez resulta ridícula. En el té de esta tarde, que doy principalmente con este objeto, conocerás a la mayoría de nuestros amigos... y de nuestras amigas. Personas distinguidísimas a las que debes imitar en todo.

Sant. Lo que más me preocupa es el dichoso bailecito.

Mat. Ah, pues no tienes más remedio que bailar, porque sería muy feo que no lo hicieras. El dueño de la casa está obligado, por lo menos a invitar a las que no tienen pareja.

Sant. ¡Pero si yo no he bailado nunca!

Mat. Afortunadamente, lo que se baila ahora es bien fácil. Aprenderás en cuanto te fijes un momento.

María Además, cada uno lo hace como quiere.

Mat. En eso tienes razón. Nunca se ha bailado con tanta libertad... en todos sentidos.

ESCENA V

DICHOS y DON FLORITO que sale por el foro derecha. Este personaje representa 65 años. Es un viejo muy atildado. Viste traje de chaquet.

Florito ¡Ya estoy de vuelta!...

Mat. Hola, papá.

Sant. ¿Qué tal, abuelo? (Acercándose cariñosamente a don Florito.)

Florito (Con indignación cómica.) ¿Qué es eso de abuelo?...

Sant. Es verdad. Ya no me acordaba. ¿Qué tal, papá Florito?

Florito (Sonriendo satisfecho.) Así es como has de llamarme siempre, como me llaman todos. La palabra abuelo, indica vejez, y a mí, a Dios gracias, aún no se me puede aplicar. Además, que yo a vosotros no os considero como a nietos, sino como a hijos de mis hijos.

María Es lo mismo.

Florito No. En este caso no es lo mismo.

Mat. ¿Cómo es que no quisiste salir en el coche?...

Florito Porque para pasear me basta con estas piernas. No sé de dónde habéis sacado que me canso en seguida que ando un poco.

Mat. No, si yo...

Florito Tenéis que desengañaros. Estoy hecho un pollo. (Se pasea muy estirado.)

Mat. Un pollo con patas de gallo.

Florito Eso es lo de menos.

Sant. ¿Y a dónde ha ido usted?

Florito ¿A que no lo acertáis? (Se sienta en una de las butacas.)

Sant. A la Castellana.

Florito No.

Mat. Al parque del Oeste.

Florito ¡Quiá, a la Moncloa! He ido y he vuelto a pie.

Sant. ¡Caramba! (Se sienta frente a doña Matilde.)

Mat. ¿Y cómo has dado la vuelta tan pronto?

Florito Porque me acordé de que hoy teníamos *five oclock tea* y no quería faltar. ¿Van a venir muchas chicas?

Mat. Sí, y muchos caballeros.

Florito Esos no me hacen falta ninguna. (A María y Santiago.) Bailaremos, ¿eh?

Sant. (Muy asombrado.) ¿Pero usted baila?

Florito Lo he dicho en plural, refiriéndome a vosotros. Yo no bailo, y no porque me falten ganas; pero como dicen que a cierta edad es ya ridículo... ¡No sé por qué ha de ser ridículo!...

Mat. En los bailes de hoy sí lo es. ¡Son tan exagerados!... No era ridículo en los tiempos del rigodón. Aquel rigodón tan distinguido.

Florito Distinguido sí; pero soso.

Mat. (Escandalizada.) Por Dios, papá, no digas... Ahora los caballeros y las señoras se abrazan de una manera que... vamos... Y antes las muchachas no dábamos a nuestra pareja más que estos dos dedos. ¡Así!... (A Santiago.) Bailando un rigodón empezaron mis relaciones con tu padre. Entonces le di dos deditos, después mi blanca mano...

Florito Y después un chico como un ternero: éste.

Mat. ¡Qué cosas dices!... Anda, hijo, vé a ponerte el chaquet.

Florito Espera. ¿Quién te ha hecho el lazo de la corbata?

María Yo. ¿Está mal?

Florito Muy mal.

María Ya me parecía a mí; pero como yo no entiendo de estas cosas... (Se levanta y se dirige hacia la puerta del foro izquierda.)

Florito Ven aquí. (Le deshace el lazo y comienza a hacérselo.)

Mat. (A María.) ¿Dónde vas?

María A dejar esta carta en mi gabinete, para contestarla luego.

Mat. Sí, sí, hazlo, que a mí no me es posible. Con lo ocupada que estoy, no tengo tiempo para nada.

María Cuando vengan mis amigas, que me avisen.

Mat. Bueno.

(Vase María.)

Florito Ahora se llevan grandes y con las puntas separadas.

Mat. Eso es lo que debes hacer. Ponerle al corriente de la moda.

Florito Yo le pondré al corriente de todo. (Termina de hacerle el lazo.)

Mat. A ver. Ponte de frente, sube la cabeza... (Santiago obedece.) Muy bien, muy bien.

Sant. ¿De modo que los lazos se llevan grandes y con las puntas separadas?

Florito Sí.

Sant. Pues no se me olvidará ya nunca. (Vase Santiago.)

ESCENA VI

DOÑA MATILDE y DON FLORITO

Florito Guapo mozo, ¿eh?... ¡Y pensabas meterlo dentro de una sotana!

Mat. Siempre estás diciendo lo mismo y sabes que me molesta. Yo no influí nunca para que siguiese la carrera eclesiástica. ¡Tenía

vocación, es indudable!... ¡Y luego se le ha pasado!... También es indudable.

Florito No había tal vocación, sino que te estaba oyendo siempre: «Ay, de qué buena gana tendría yo un hijo sacerdote.» Y como no tenías otro hijo que él, más claro ni agua. Y para complacer a su mamá, se fué al Seminario, y de allí no hubiera salido más que para cantar Misa, si su papá Florito, con este olfato que Dios le ha dado, no hubiese percibido en todas sus cartas un tufillo mundano, unas inclinaciones poco propias del que iba a seguir aquella carrera. Y me convencí de ello cuando fuí a visitarle, y vi cómo al hablarle de nuestra vida y de nuestra sociedad, se le encandilaban los ojos y le retozaba la alegría. Entonces fué cuando le dije: «Vente conmigo, ven a la casa que te espera. Lo mismo se sirve a Dios con ropas talares, que con smoking o frac.»

Mat. Sí, andan por ahí muchos santos vestidos de etiqueta.

Florito ¡Qué sabes tú de eso!

Mat. Yo no sabré nada: pero lo único que quiero es que no me supongas capaz de sacrificar, por un capricho mío, las inclinaciones de mi hijo.

ESCENA VII

DICHOS y RAIMUNDO que sale por la puerta del foro derecha. Representa unos 30 años.

Raim. Buenas tardes.

Florito ¡Hola, hombre!

Mat. ¿Pero has parecido ya?

Raim. No me había perdido, tía.

Mat. Más perdido imposible.

Florito Siéntate, que hoy el sermón corre a cargo de tu tía.

Raim. Gracias; pero si me vais a reñir, cojo la puerta y me voy. (Se sienta frente a doña Matilde.)

Mat. No, no; descuida que no pienso decirte

nada. ¡Para el caso que haces de mis consejos!

Raim. Son ustedes muy injustos conmigo.

Florito Yo no.

Mat. Pues yo sí... (Apresurándose a rectificar.) Es decir... Ya comprendes lo que quiero decir.

Raim. Sí. Luego extrañarán ustedes que no venga por aquí más a menudo. Para un día que se me ocurre visitaros por mi propia voluntad.

Mat. ¿Cómo; pero no has recibido mi carta?

Raim. ¿Qué carta?...

Mat. La que mandé que te escribieran ayer diciéndote que vinieras al té de esta tarde.

Raim. ¿Ayer?... Entonces estará entre estas. (Saca del bolsillo varias cartas sin abrir.)

Mat. ¿Pero no las has abierto?

Raim. He decidido no leer ninguna el mismo día que las recibo. Me las hecho al bolsillo sin mirarlas. Así me ahorro muchos disgustos.

Florito No comprendo...

Raim. Es muy sencillo, papá Florito. Figúrese usted que hay un... cualquiera, que se atreve a decirme: «Si hoy mismo, antes de las diez de la noche, pongo por ejemplo, no me ha abonado usted el pico que me debe, le armo el escándalo hache.» ¿Para qué voy a estar todo el día con la incertidumbre y el temor? ¡Es mejor ignorarlo!

Florito Ahora si lo comprendo.

Mat. (Levantándose indignada.) ¡Qué bonito! Parece mentira que se exprese en esos términos un descendiente del duque de la Redondela.

Raim. Dejemos en paz a mis ilustres antepasados, tía. Ahora, en obsequio vuestro, voy a abrir estas cartas que tengo aquí desde el sábado. Seguid hablando, que os oigo. (Abre algunas cartas y pasa por ellas la vista.)

Mat. Por mal camino vas, Raimundo. No puedes figurarte cuánto me disgustan las cosas que oigo contar de ti. Cada día una nueva locura de la que hablan todos.

Raim. Ya he conocido que se habla mucho de ellas.

Mat. ¿En qué?

Raim. En que tengo ahora bastante más partido con las mujeres.

Florito ¿Sí, eh?

Mat. Jesús. Sobrinito, eres incorregible.

Raim. Papá Florito, a usted que tiene buen gusto, ¿qué le parece esta joven? (Le enseña un retrato.) No, tía, no, este retrato es sólo para hombres. (A doña Matilde que se acerca a verlo.)

Mat. Para hombres sinvergüenzas.

Florito (Entusiasmado.) Guapa, guapa...

Mat. Papá.

Florito Pero, hija, si es muy guapa, ¿voy a decir que es fea?...

Mat. ¡Muy bonito! El abuelo autorizando esta frescura de su nieto.

Florito Para frescura ésta.

Raim. Tía, papá Florito en estos retratos mira sólo su parte artística, su parte estética...

Florito Sí. Todas sus partes.

Mat. Bueno, basta.

Florito Y la dedicatoria está muy bien. (Lee.) «Al mío caro... hum, hum...»

Mat. Trae acá ese retratucho. (Va a cogerlo; pero Raimundo se adelanta y lo guarda.)

Raim. Quiá, te conozco y sé que lo romperías.

Mat. En cincuenta mil pedazos.

Raim. Pues sería una lástima.

Florito Sí que lo sería.

Mat. Y esas otras cartas serán por el estilo.

Raim. No. Esta es de un amigo que está en Londres y me envía recuerdos en inglés, y ésta, ¡ay!, ésta es de nn inglés que me pide dinero en español. ¿Pero y mi prima y mi primo, por dónde andan?

Florito Aquí tienes a Santiago.

ESCENA VIII

DICHOS y SANTIAGO que sale por la lateral derecha.

Sant. ¡Raimundo!

Raim. Hola, Santiaguito. (Se abrazan.)

Sant. ¿Cómo es que no has vuelto por aquí desde el día que llegué? ¿Dónde te metes, hombre?

Raim. Pues...

Mat. No, no digas dónde te metes.

Raim. Descuida que ahora vendré con más frecuencia.

Florito Eso es lo que debes hacer. Este pobre muchacho, como no tiene amigos, se aburre.

Raim. Yo te distraeré, descuida.

Mat. Me asustan las distracciones que puedas ofrecer a Santiago.

Raim. Por Dios, tía, no digas eso.

Sant. Estaba deseando que vinieras para preguntarte muchas cosas. Tú has de ser mi maestro, el que dirija mi espíritu en este noviciado que he de pasar forzosamente para ser profeso en vuestra sociedad.

Raim. Acepto la cátedra, si la tía no se opone.

Mat. Según lo que vayas a enseñarle.

Raim. Puedes estar tranquila que no le pervertiré.

Sant. ¿Estoy bien de chaquet?

Raim. Muy bien. Parece que lo has llevado toda tu vida. La corbata es la que descompone un poco el conjunto.

Florito ¿Qué tiene la corbata?...

Raim. Que está muy mal puesta. Ven que te haga el lazo. (Comienza a hacerlo.) Estos tan grandes ya no se ven por el mundo. Ahora se llevan pequeñitos y con las puntas pegadas al cuello.

(Santiago mira muy significativamente a don Florito.)

ESCENA IX

DICHOS y un CRIADO que sale por el foro derecha.

Criado ¿Hay permiso?

Mat. Adelante.

Criado Las señoras de Pinares esperan a la señora Marquesa en la sala.

Mat. Voy en seguida.

(Vase el Criado.)

Raim. Ahora sí que estás admirablemente. (Termina de hacerle el lazo.)

Mat. ¿Os quedáis?

Raim. Sí.

Florito Luego entraremos.

Sant. Cuando haya más gente.

(Vase doña Matilde.)

Florito (Bajo a Santiago.) No hagas caso. Los lazos se llevan grandes y con las puntas separadas.

ESCENA X

DON FLORITO, SANTIAGO y RAIMUNDO

Raim. (Ofreciendo un puro a Santiago.) Toma.

Sant. No, no fumo.

Raim. ¿Ni cigarrillos?

Sant. Ni cigarrillos. No he fumado nunca.

Raim. Pues debes acostumbrarte inmediatamente. Es preciso que borres por cumpleto la idea del colegial, del seminarista, del hombre sin ningún vicio... visible.

(Se sientan los tres.)

Florito Tiene razón, el hombre que no fuma, parece menos hombre.

Sant. Pues deme usted un pitillo, papá Florito.

Florito No, si yo no fumo.

Sant. Entonces lo dejaré para otra ocasión, compraré pitillos.

Raim. ¿Está convidada mucha gente al té de esta tarde?

Florito Sí. Matilde ha mandado muchas invitaciones.

Raim. ¡Horror! Entonces padeceremos a Menéndez. ¡Yo emigro, papá Florito!

Sant. ¿Quién es ese Menéndez?...

Florito Aquel señor a quien te presenté anoche.

Sant. Ah, sí.

Raim. El tío más pelma de la tierra, Santiaguito. Le da por la pintura, y, cada lunes y cada martes, me está regalando una tablita. ¡Es insufrible!

Florito Un poco pesado.

Raim. En fin, menos mal que vendrá Gudelia Jimenez. ¡Verás qué viudita!... Encantadora.

Sant. Sí; pero viuda.

Florito Eso no es defecto, hijo mío.

Raim. Las viudas son preferibles a las solteras.

Ten presente lo que te voy a decir y vé aprendiendo. La viuda no es más que una casada sin marido. ¡Figúrate si tiene ventajas para uno! Esta se casó con un viejo muy rico, y, al poco tiempo, lo mató.

Sant. (Asombrado.) ¿Lo mató?...

Raim. Se murió él. Para el caso es lo mismo. Quedó ella muy joven con una buena fortuna y con un carácter alegre.

Florito Demasiado alegre.

Raim. Nunca es demasiada la alegría, papá Florito. Y en nuestra sociedad alterna con todos y se hace querer de jóvenes y viejos.

Florito (Profundamente convencido.) Me consta.

Raim. Murmuran de ella, dicen que si esto, que si lo otro...

Florito Y que si lo demás allá. Por eso a tu madre no le hace mucha gracia que entre en casa tan familiarmente; pero ¿qué va a hacerle?... ¡No va a echarla! ¡Como es tan simpática y como la admiten en todas partes!

Raim. Pues no la veo mucho con ustedes. En otras reuniones la encuentro con más frecuencia.

Florito Sí, aquí en Madrid no la vemos tan a menudo; pero a tu tía le amarga el veraneo. Como tiene su hotel cerca del nuestro, ella es la que organiza las partidas de tennis y de golf.

Raim. Encantadora, chico. Créeme, tiene una cara y un cuerpo...

Florito Del cuerpo no hables. Gudelia abusa un poco del *capitoné.*

Raim. ¿Del capitoné?

Florito Sí: del *acolchado.* No discutas conmigo, porque de eso estoy mejor enterado que tú.

Raim. ¿Cómo?

Sant. ¿Pero usted?...

Florito Las amiguitas de vuestra prima, no tienen cierta clase de secretos para mí. ¡Sí supierais lo engañadoras que son algunas curvas!...

Raim. ¡Vaya con papá Florito! (Se acerca a él.)

Florito No, no creais que soy un viejo verde. Yo acaricio a las jovenzuelas por venganza.

Sant. ¿Por venganza?

Florito Por venganza y por consuelo. Por aquello que dijo Campoamor:

«Las hijas de las madres que amé tanto
me besan ya, como se besa a un santo.»

Y ya que en mis buenos tiempos no logré besar a las mamás, beso ahora a las niñas.

ESCENA XI

DICHOS y MENÉNDEZ que sale por la puerta del foro izquierda. Este personaje, a pesar de lo bien que se pinta el pelo y de lo que se acicala y compone, representa cuarenta y tantos años

Men. Buenas tardes, señores.
Florito ¿Qué tal, amigo Menéndez?
Raim. (Bajo a Santiago.) ¡Nos caímos!
Men. Bien, ¿y ustedes?
Sant. Muy bien.
Men. ¿Cómo están ustedes aquí metidos?... En el salón hay una baraja de muchachas que quita la cabeza.
Raim. ¿Sí?... Pues allá me voy a que me quiten la cabeza. ¿Vienes, Santiago?
Sant. Sí. (Se dirigen los dos hacia el foro izquierda.)
Men. Un momento, un momento. Voy a demostrarle a ustedes que soy hombre que sabe cumplir sus promesas. (A Santiago.) Aquí está la tablita que le ofrecí a usted anoche. (Se la da.)
Sant. Se la agradezco mucho. (La desenvuelve.)
Raim. A ver, a ver...
Sant. Es muy linda.
Florito Está muy bien.
Men. (Con fingida modestia.) No vale nada, es una manchita de color.
Raim. Admirablemente: un amanecer precioso.
Men. Perdone, perdone, no es un amanecer, es una puesta del sol en el Guadarrama.
Raim. Ah, sí, sí.. No me había fijado en que está el sol ocultándose tras esa montaña.
Men. Amigo Raimundo, ese no es el sol, es la luna.

Florito Sí, hombre, sí, la luna. ¡No hay más que verla!...

Sant. Voy a llevarla a mi cuarto y allí se colocará en lugar preferente.

Men. Con marco obscuro, ¿eh?... ¡El dorado mata muchas veces la brillantez del coloridol...

Florito Se le pondrá obscuro, descuide usted.

Raim. En el salón te aguardo. (Vase por el foro izquierda.)

Sant. Iré al momento. (Vase por la lateral derecha.)

ESCENA XII

DON FLORITO y MENÉNDEZ

Florito ¿Vamos también al salón?

Men. Antes, si a usted no le molesta, quisiera que hablásemos un momento.

Florito A sus órdenes.

Men. Gracias. ¿Le parece a usted que nos sentemos?...

Florito (Resignado.) Sentémonos. Usté dirá. (Se sientan los dos. Pausa.)

Men. Don Florito, le voy a proporcionar a usted una gran alegría.

Florito ¿Sí?...

Men. Sí, señor. Voy a satisfacer uno de sus mayores deseos.

Florito ¿De veras?... ¿Cuál?

Men. Le he oído decir muchas veces que no le satisface ninguno de los retratos que le han hecho a usted. ¡Ni aun los pintados por artistas insignes!...

Florito Cierto. Los pintores han estado poco afortunados conmigo.

Men. Tiene usted razón. Moreno Carbonero sobre todo... Pues bien yo voy a ver si, a pesar de mis escasos méritos, logro lo que hasta ahora no ha logrado ninguno.

Florito Hombre, no, tanta molestia... No puedo consentir...

Men. Nada, nada. Ya lo tengo decidido. Dudaba qué presentar en la próxima exposición... Y esa será mi obra. Expondré su retrato.

Florito ¡Yo expuesto!...

Men. Ya pensaremos la manera de hacerlo para que tenga cierta novedad y resulte artística la figura. Estos trajes del día son tan antiestéticos... ¡Qué diferencia de aquellos griegos!... ¡Oh, el desnudo, el desnudo sobre todo!...

Florito No creo que pretenda usted retratarme en cueros...

Men. Hombre, tendría gracia...

Florito Sí que la tendría; pero...

Men. Tal vez haciéndolo a caballo... ¡La figura resulta más airosa!... Ustedes irán este verano a San Sebastián.

Florito Sí, señor, como todos los años.

Men. Pues podemos hacerlo en la quinta de usted, poniendo como fondo uno de los rincones del jardín. ¡Resultará un retrato velazqueño!... Nada, nada, en los meses de Agosto y Septiembre nos entretendremos usted y yo en eso por las tardes.

Florito Sí, sí, para mí sobre todo será un gran entretenimiento.

ESCENA XIII

DICHOS y MARÍA, DOÑA EULALIA y ENCARNITA que salen por la puerta del foro izquierda. Doña Eulalia representa unos 45 años, Encarnita 18. Ambas visten trajes elegantes de reunión.

María Pasen ustedes. Aquí debe estar Santiago.

Eul. Buenas tardes, don Florito. Hola, Menéndez.

Men. Señora...

Florito ¿Qué tal estás?

Eul. Muy bien.

Florito ¿Y tú, Encarnita? (Haciéndola una caricia.)

Enc. Bien.

(Menéndez se coloca al lado de María.)

Florito ¡Lo que ha crecido esta muchacha!... ¡Ya casi no me atrevo a darle un beso... (Se lo da.

María ¿Y Santiago?... Quiere verle doña Eulalia.

Florito Ahora saldrá.

Eul. Estoy muy ofendida con ustedes.

Florito ¿Por qué?...

Eul. ¡A quien se le ocurre no decirme hasta ahora que Santiago había colgado los hábitos!

Florito A nadie se lo hemos dicho.

Eul. En castigo, el día que me pidan la mano de ésta no les digo a ustedes ni una palabra.

Florito Ah, ¿con que esas tenemos?...

María (A Encarnita.) ¿Con que te casas?

Enc. No, señor. Aun no tengo novio.

Florito ¡Como dice tu madre que el día que te pidan!...

Eul. Claro, algún día me pedirán su mano. Me parece que Encarnita no es ningún coco.

Florito ¡Qué va ser coco!... Lo que la encuentro es algo palidilla.

Eul. No.

Florito Sí. Debe estar anémica.

Eul. ¿Anémica?...

Florito Veamos. Ya sabes que yo tengo algo de médico. (Comienza a examinarla, aprovechándose.) Estas ojeritas... y el globo... ¡A ver el globo!... No, pues está más rojo de lo que yo creía.

Eul. (Mostrando el suyo.) Míremelo usted a mí. Yo sí que estoy anémica.

Florito (Rechazándola suavemente.) ¡Qué vas a estar tú!...

Men. (A doña Eulalia.) ¿Recibió usted la tablita que la mandé?

Eul. Ah, sí, se me olvidaba darle a usted las gracias. ¡Nos gustó muchísimo!...

Enc. Mucho...

Men. ¡Es una manchita!...

Eul. La nieve en lo alto del monte hace un efecto precioso.

Men. Perdone usted, no es nieve. Es un rebaño que pasta...

Eul. (Queriendo arreglar la plancha.) Ah, pues también está muy bien.

ESCENA XIV

DICHOS y SANTIAGO que sale por la lateral derecha

Sant. Ah, doña Eulalia, ¿qué tal está usted?

Eul. ¡Santiago!... ¡Qué alto estás, qué gordo!.. (A don Florito.) A este sí que no me atrevo a darle un beso.

Florito ¡Ni él a ti!...

María (A Santiago.) La tía dice que por qué no vas al salón.

Sant. Ahora iba.

Eul. Yo no me resignaba a esperarte allí y dije a María: Llévame donde esté Santiago. Quiero verle antes que nadie.

Sant. Muchas gracias.

Eul. Mira esta es mi hija, mi Encarnita. Ya no no te acordarías de ella...

Sant. ¡Ya lo creo!... Sigue tan bonita como siempre.

Eul. Niña, da las gracias a Santiago.

Enc. Muchas gracias.

Florito Vámonos al salón. A la gente joven le entusiasma el baile, ¿verdad?

Men. Justo. Nos entusiasma el baile. (Ofrece el brazo a María) ¡María!

Eul. Encarnita, vé con Santiago.

Sant. Sí, ¿me permite usted? (La ofrece el brazo, que ella acepta.)

Enc. Gracias.

(Vanse Santiago y Encarnita por el foro izquierda.)

Eul. (Cogiéndose del brazo de don Florito en vista de que él no se lo ofreee.) ¡Qué pareja hacen! ¿eh?

Florito Sí...

Eul. Ay, sí yo le dijera a usted lo que se me está ocurriendo en este momento.

Florito Luego me lo dirás. (Vanse por la puerta del foro doña Eulalia y don Florito.)

ESCENA XV

MARIA y MENÉNDEZ

Men. (Deteniéndose en la puerta y obligando a pararse a María.) Un momento, María.

(Comienza a oirse un vals que se supone ejecuta en el salón un cuarteto.)

María (Deseando evitar la entrevista.) Vamos al salón, Menéndez.

Men. ¿No quiere usted escucharme dos palabras a solas?...

Maria Si solo son dos palabras.

Men. Sólo dos.

María Entonces... (Con un gesto la ruega Menéndez que se siente. Ella accede resignada.)

Men. ¡La quiero!...

María ¡Menéndez!

Men. ¿Qué; la extraña a usted que insista después haber sido desairado tantas veces?... ¡Ay, María, yo soy un hombre que no retrocede ante ningún obstáculo!...

María Pero...

Men. La quiero a usted con la misma vehemencia de un niño de veinticinco años.

María Volvamos al salón. (Se levanta.)

Men. Deme usted una esperanza al menos.

María (Con mucha amabilidad.) No soy de las que juegan con las esperanzas. ¡Cuando se dan las que no han de cumplirse, se comete una verdadera felonía!...

Men. ¿Pero qué razón hay para que usted no me quiera!...

María Pues la única indiscutible en estas cuestiones de cariño... ¡Que no le quiero a usted!

Men. ¿Acaso le soy antipático?

María Eso no. Yo reconozco sus buenas cualidades, que son muchas, y me agrada su conversación, y me gusta su trato; pero...

Men. ¿Pero qué?

María ¡Pero no le quiero a usted!

Men. Pues si lo único que no siente usted por mí es eso que vulgarmente llaman amor, eso viene luego, con el trato íntimo.

María Ay, no, Menéndez. Suele haberlo y acabarse luego; muchos casos se dan para desgracia de los enamorados, pero cuando no lo hay antes, después no lo hay ya nunca.

Men. ¿O sea que?...

María Seamos dos buenos amigos...

Men. Amigos y acaso algún día...

María Seamos sólo amigos...

Men. (Sonriendo esperanzado.) Amigos por ahora, porque yo, María, no pierdo las esperanzas... (Vuelve a ofrecerla el brazo.) ¡Ay, María!

María (Suspirando muy significativamente.) ¡Ay, Menéndez! (Vanse por la puerta del foro izquierda.)

ESCENA XVI

GUDELIA y ROSITA que salen por el foro izquierda. La primera tiene 30 años, la segunda 15.

Gud. ¿Pero dónde me llevas, chiquilla?... ¡No seas loca!... Anda, vamos al salón.

Rosita (Lloriqueando.) Lo que es eso... De aquí no me muevo hasta que me vengan a buscar para irme a casa.

Gud. ¡Qué tontísima eres!...

Rosita He dicho que no bailo con Pepe y no bailo.

Gud. ¿Y quién te dice que bailes con él?... Puedes bailar con otro.

Rosita Ni con él, ni con nadie. El disgusto que me ha proporcionado esta tarde, me lo paga. ¡Ahora sí que va de veras!... ¡Le he dado unas calabazas morrocotudas!...

Gud. Antes de media hora habeis hecho las paces.

Rosita No me conoces, Gudelia.

Gud. Porque te conozco lo digo.

Rosita ¡Quiá!... ¡Cuando yo digo que se ha acabado una persona para mí, se ha acabado!... (Se sienta en una de las butacas.) De aquí no me muevo, de aquí no me muevo.

Gud. Pues no te creas que yo te voy a hacer compañía toda la tarde. Me estaré contigo mientras me fumo un cigarrillo. En el salón no quiero hacerlo porque hay mucha gente, y ya estoy harta de críticas y de murmuraciones.

ESCENA XVII

DICHAS y RAIMUNDO y PEPE que salen por la puerta del foro izquierda.

Raim. (Señalando a Rosita.) Mírala, hombre; ahí la tienes.

Pepe (Acercándose a Rosita.) Rosita.

Rosita ¡Haga usted el favor de dejarme en paz!... Entre nosotros ya no existe nada.

Pepe Pero, mujer.

Rosita ¡Ya puedes buscar otra novia que te aguante!...

Pepe Escucha... (Comienzan a hablar en voz baja; primero la conversación es violenta, pero luego acaba por aplacarse la tempestad y hacen mutis por el foro, muy acaramelados, cuando se indica.)

Raim. Gudelia, ¿quiere usted bailar conmigo?

Gud. Perdone usted. Ahora no.

Raim. ¡Y yo que la buscaba a usted sólo para eso!

Gud. Si sólo era para eso, puede usted buscar a otra.

Raim. Solamente una puede interesarme: usted.

Gud. Chist, que las paredes oyen.

Raim. ¿Y qué?

Gud. Que pueden irle con el cuento a otra persona.

Raim. ¿A quién?...

Gud. Vaya, váyase al salón y póngase a su lado sin miedo. El marido desconfía de todos, menos de usted.

Raim. Yo la ruego que no haga caso de habladurías. ¡Eso es una calumnia!

Gud. (Riendo.) Huy, qué serio se pone; voy a tener que creerle.

Raim. En lo que tiene usted que creer es en mi cariño.

Gud. Eso va a ser un poco más difícil.

ESCENA XVIII

DICHOS y ENCARNITA y SANTIAGO. Nada más verlos entrar se adivina que la primera víctima del «noviciado» de Santiago ha sido la pobre muchacha. Viene cojeando. El, azoradísimo, se limpia el sudor con el pañuelo

Sant. ¡Qué torpe soy, qué torpe!... Dispénseme usted, perdóneme usted, pero...

Encar. (Esforzándose por sonreir.) No, si no tiene nada de particular. (Se sienta en una de las butacas.)

Sant. El pisotón ha sido muy fuerte.

Encar. Muy fuerte, sí, señor.

Sant. La he deshecho a usted un pie.

Encar. Tanto como deshacerlo... (Cesa la música.)

Raim. ¡Santiago! (A Gudelia.) ¿Conoce usted a mi primo?

Gud. Sí; ya me lo han presentado antes.

Sant. Con su permiso, Encarnita.

(Rosita y Pepe hacen mutis por el foro derecha.)

Encar. Usted lo tiene.

Sant. (Acercándose a Gudelia y a Raimundo.) ¿Qué quieres?

Raim. Ya nada. (En este momento hacen mutis por el foro izquierda, muy entusiasmados, Rosita y Pepe.)

Sant. ¿Cómo no van ustedes al salón? Está animadísimo.

Gud. Yo he venido aquí con Rosita, que esta... (Mira hacia el sitio donde se sentó antes Rosa, y al no verla, rectifica.) ¡que estaba ahí!

Raim. ¿Decididamente no quiere usted bailar ahora?

Gud. No, ahora, no. Voy a fumarme aquí un cigarrillo. (De una linda petaquita saca un cigarrillo. Santiago la mira asombradísimo.)

Raim. Pues conste que su primer baile me corresponde a mí.

Gud. Bueno. (Enciende el pitillo. Santiago no cesa de mirarla.)

Raim. (Ofreciendo el brazo a Encarnita.) Encarnita.

Encar. No sé si podré, pero en fin... vamos. (Se apoya en su brazo, y, cojeando, hace mutis con Raimundo.)

ESCENA XIX

GUDELIA y SANTIAGO

Sant. ¿Quiere usted que vayamos al salón?

Gud. No. Es decir, vaya usted si quiere. (Se sienta al lado del mirador.)

Sant. No; prefiero acompañar a usted.

Gud. ¿No va usted a bailar esta pieza?

Sant. No tengo interés.

Gud. ¿No le gusta a usted el baile?...

Sant. Sí, me gusta mucho, pero como no sé... ¡Ya ve usted lo que me ha pasado antes con Encarnita!...

Gud. ¡Qué raro, no saber bailar!...

Sant. No olvide usted que hasta hace ocho días no he salido del Seminario.

Gud. Pues debe usted aprender en seguida. ¡Es muy bonito!... ¡Ay, a mí los hombres que bailan bien, vamos, me entusiasman!...

Sant. Aprenderé al momento, vaya si aprenderé.

Gud. Ah, no le había ofrecido a usted un pitillo. Tenga. (Se lo ofrece.)

Sant. No, yo no fumo.

Gud. ¿Que no fuma usted?

Sant. (Arrepentido de lo que ha dicho.) No fumo ahora, pero por no desairar a usted... (Lo coge. Ella le da lumbre de su cigarro.) Gracias... ¿La molesta a usted el humo?

Gud. ¿Cómo?

Sant. No, nada, nada...

Gud. Estos cigarrillos turcos tal vez no le gusten a usted. ¡Son tan flojos!...

Sant. (Expresando con la cara, bien a pesar suyo, el mal efecto que le produce el tabaco.) ¡Muy flojos!

Gud. (Echando grandes bocanadas de humo.) ¡Qué delicia!... Indudablemente, los turcos saben fumar.

Sant. Sí, los turcos, sí. (Pause.)

Gud. ¿Y ha dejado usted ya definitivamente la carrera eclesiástica?

Sant. Sí, definitivamente.

Gud. Entonces, empezará usted a frecuentar ahora las reuniones.

Sant. Ya lo creo que las frecuentaré. ¿Va usted a muchas?

Gud. A muchas, sí, señor. Todos los miércoles voy a casa de las de Zaldívar, usted las conoce, a jugar al tennis. ¡Qué juego más interesante!, ¿verdad?...

Sant. Sí, muy interesante.

Gud. El partido de ayer fué precioso. Yo gané los dos semifinales dobles.

Sant. (Sin saber lo que son loa «semifinales».) ¡Vaya, vaya! ¿Conque los semifinales?...

Gud. Le desafío a usted a que juguemos uno la semana próxima.

Sant. Mil gracias, pero no puedo aceptar.

Gud. ¿Por qué?

Sant. Porque... tampoco sé jugar al tennis.

Gud. Pero, hombre; no sabe usted bailar, no sabe

usted jugar al tennis, ¿qué aprenden ustedes en el Seminario? (Se levanta.)

Sant. Otras cosas.

Gud. Ah, pues debe usted aprender a jugar al tennis. ¡Es un sport muy bonito!... ¡Y luego los jugadores adoptan para echar la pelota unas posturas verdaderamente helénicas!... ¡Ay, a mí los hombres que lo juegan bien, me subyugan! (Se sienta en una de las butacas.)

Sant. (Animándose poco a poco.) Aprenderé a jugarlo.

Gud. Raimundo puede enseñarle a usted. Es maestro en eso.

Sant. (Con envidia.) En eso y en todo.

Gud. En todo, es verdad. ¡Qué lástima que sea tan alocado!

Sant. ¡Sí, es una lástima!... (Se sienta frente a Gudelia.)

Gud. Yo se lo digo muchas veces. ¿Por qué es usted así, Raimundo?... Bueno es que el hombre se divierta y goce de la vida. ¡Pero ya no tanto!... Sus aventuras galantes son ya públicas, y eso no está bien.

Sant. Claro.

Gud. No quiere esto decir que a mí me gusten esos jóvenes formalitos que parece que no han roto un plato en su vida. ¡Siempre tímidos, siempre encogidos!... (Santiago al oir esto se estira todo lo que puede.) No, no; el hombre debe divertirse y correrla. ¡Ay, a mí los hombres corridos me vuelven loca!

Sant. ¿Sí?

Gud. Sí, señor. Bueno, si alguna de esas personas que me califican de frívola y alocada me oyera en este momento, buena me pondría. ¡Pero a mí me importa muy poco lo que diga la gente!... Yo me encomiendo a Dios y hago luego lo que me da la gana. ¿No le parece a usted que hago bien?

Sant. Desde luego. Usted dice: *Adjutorium nostrum, in nómine Dómine.*

Gud. ¿Cómo?

Sant. Y además dice usted: *Me de manu hostium, potenter defende.*

Gud. No, señor; yo no digo nada de eso.

ESCENA XX

DICHOS y RAIMUNDO que sale por el foro izquierda y oye las palabras de Santiago.

Raim. Pero, hombre, vamos, al demonio se le ocurre. ¿Estás dando una conferencia en latín a Gudelia?

Gud. (Riendo.) ¡No ha podido contenerse!

Sant. (Cortado.) Cierto, no he podido contenerme.

Raim. ¿Ha descansado usted ya?... Ahora van a tocar otra pieza.

Gud. Pero, ¿no iba usted a bailar este con Encarnita?...

Raim. Sí, pero la pobre no puede dar un paso. Bailó antes con éste y se ha quedado coja para una temporada.

Gud. ¡Jesús, es usted terrible!

Raim. ¿Vamos?

Gud. Sí. Hasta después. (Vanse Gudelia y Raimundo.)

Sant. Hasta luego. (No bien desaparecen por la puerta del foro derecha Gudelia y Raimundo, tira rápidamente el cigarrillo y dice entusiasmado:) Tiene razón Raimundo. Es una mujer encantadora.

ESCENA ULTIMA

SANTIAGO y MARIA. Vuelve a oirse la música. Al final DON FLORITO

María Santiago.

Sant. ¿Qué?

María Ven al salón, hombre. ¡Todos preguntan por ti! ¡Es ridículo que estés aquí metido! ¡Parece que huyes de la gente!

Sant. Espera.

María ¿Qué quieres?

Sant. Esto que están tocando, ¿es muy difícil de bailar?...

María No. Yo te enseñaré y aprenderás en seguida.

Sant. (Muy entusiasmado.) Eso, y Raimundo me dirá cómo se juega al tennis y al polo... Yo quie-

ro aprenderlo todo, todo... ¡María, yo quiero correrla!

María (Riendo.) ¡Jesús, qué loco!

Sant. ¡Ay, María, es que hoy empiezo a conocer los encantos de vuestra vida; hoy mejor que nunca comprendo que yo no tenía vocación de cura! ¡Qué feliz soy ahora, María!

María (Con alegría.) Y yo también, Santiago, y yo también.

Sant. Anda, bailemos.

María Pues cógete a mí. (Empiezan a bailar. A poco de comenzar, Santiago la pega un fuerte pisotón.) ¡Ay!... (Se sienta en una de las butacas.)

Sant. ¿Te he hecho daño?

Florito (Sale por el foro izquierda y exclama:) ¿Otra?... (A Santiago.) Pero, hombre, ¿tú te has propuesto dejar cojas a todas las muchachas de la reunión? (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Terraza del hotel que don Florito tiene próximo a San Sebastián. Dicha terraza se supone que está a la altura de un piso entresuelo. Así lo debe indicar el ramaje de los árboles que se ve por el foro y por la izquierda. A la derecha, ocupando toda la lateral, fachada de dicho piso del hotel, con puerta grande en el centro. Al foro, balaustrada de piedra, de altura suficiente para que se asome a ella cómodamente una persona. Sus columnas están cubiertas de yedra y rosales trepadores; de tal manera que impide que se vea nada entre balaustre y balaustre. Esta balaustrada se continúa, formando ángulo recto ocupando la lateral izquierda y, al llegar a primer término se quiebra en otro ángulo recto de dirección contraria. Frondosísimo ramaje de árboles oculta todo lo que hay tras la lateral derecha, de tal modo que no se vea a los personajes hasta el momento de salir a escena. A todo foro panorama de jardín. Diseminadas por la escena varias sillas de paja y dos butacas de mimbre de las llamadas de PLAYA, que tienen forma de confesonario.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecen DOÑA MATILDE, DOÑA EULALIA, ENCARNITA y MENÉNDEZ. De espaldas al público acodados en la balaustrada, comentando las incidencias de un partido de «tennis», que se supone acaba de jugarse en el parque. A poco sale el CRIADO por la puerta del hotel

Mat. ¡Bravo, bravo!

Men. Muy bien.

Encar. Han vuelto a ganar María y Raimundo.

Eul. (Retirándose de la balaustrada.) Mal se está dando la tarde para Santiago. Pierde todos los partidos.

Mat. (Yendo al lado de doña Eulalia.) No es extraño. Aún no está diestro en el *tennis*. Para él estos partidos constituyen el aprendizaje.

Men. (Aplaudiendo a los jugadores.) ¡Muy bien, María, muy bien!

Criado ¡Señora marquesa: el refresco está servido!

Mat. Está bien. (Vase el Criado. Doña Matilde se asoma a la terraza y llama a los jugadores.) ¡Subid a merendar y a descansar un rato! ¿Vamos?

Eul. Sí, vamos. (Se encaminan todos hacia el hotel.)

Men. ¿Usted no juega, Encarnita?

Encar. Sí, señor. En el próximo partido sustituiré a María. Iré en contra de Gudelia y Santiago. (Hacen mutis por la derecha.)

ESCENA II

MARÍA, GUDELIA, SANTIAGO y RAIMUNDO, que salen por la izquierda, atraviesan la escena y hacen mutis por la derecha. Todos visten trajes de jugar al «tennis» y llevan en la mano las raquetas

Raim. ¡Bravo, María! ¡Eres una gran compañera!

María ¡Les hemos vencido!

Sant. Sí. Nos han derrotado en toda línea.

Gud. Claro; como que juega usted muy mal.

Sant. ¡Ah, en el otro partido ya verá usted!

Gud. ¡Lo mismo que en este!... ¡Con usted no puedo ganar nunca!

Sant. Luego la demostraré a usted lo contrario.

ESCENA III

DON FLORITO y UNA ALDEANA, que salen por la izquierda. Don Florito se apoya en la Aldeana, abrazándola y dando señales de gran decaimiento. Al final de la escena, MENÉNDEZ

Ald.ª Ande, señor, ande.

Florito No tengas prisa.

Ald.ª ¿Se encuentra más mejor?...

Florito Sí, ya estoy completamente bien; pero si no es por ti, hija mía, me rompo el alma.

Ald.ª Mareo que le dió, malísimo que se puso, sostenerlo yo, que si no va de cabeza al suelo.

Florito Gracias a estos brazos, (Tocándoselos) fornidos, capaces de sostener, no digo mi peso, sino una catedral.

Ald.ª Fuerza que tengo.

Florito (Tocándolos entusiasmado.) ¡Estos son músculos!

Ald.ª ¡Ay; no diga eso!... (Avergonzada.) Esto son los brazos.

Florito Anda, retírate y toma, para que te compres un pañuelo. (Le da dinero.)

Ald.ª No, señor, de ninguna manera, por interés no lo hice. (Negándose a cogerlo.)

Florito ¡Ya lo sé!; pero tómalo y vete!... (La Aldeana lo coge.)

Ald.ª No, no me voy sin *adecir* a su familia lo que le pasa.

Florito No te lo consiento. Esto no tiene importancia y se asustaría.

Ald.ª Es que esto debe ser algo malo, una cosa así como alferecía...

Florito ¿Alferecía?... No digas disparates. ¡Anda, vete. vete!... Luego volveré yo por allí.

Ald.ª Pues adiós y que se ponga más mejor.

Men. ¿Qué es eso, don Florito?

Ald.ª Ya le dan unos mareos, ¿eh? que tiene que agarrarse, pues, para no caer al suelo. ¡No le dejen salir solo!... Adiós, pues. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

DON FLORITO y MENÉNDEZ. Al desaparecer la Aldeana, don Florito se incorpora rápidamente y toma su aspecto habitual

Florito Je, je... ¿Ha visto usted moza más garrida ni más fresca?... En su género es una real moza. ¿verdad?. .

Men. Indudablemente.

Florito Estas conquistas rurales tienen cierto encanto... Vive aquí cerca y vende una leche de vacas riquísima.

Men. ¿Pero qué le ha dado a usted?

Florito Un mareo como los del pobre Valbuena. ¡El teatro enseña mucho!... De pronto me desvanezco, vacilo, va a sostenerme, y caigo en sus brazos.

Men. ¡Vaya con don Florito!.. (Se sientan.) ¿Quiere usted que continuemos el cuadro?...

Florito No. no... Tendrían que enjaezar el caballo y tendría yo que vestirme.

Men. ¡Como usted quiera!...

Florito Mañana. Aun tenemos mucho tiempo por delante.

Men. Entonces, ahora que estamos solos, voy a permitirme pedirle a usted un favor.

Florito Usted dirá.

Men. Don Florito, ya sabe usted que yo estoy enamorado de María desde hace mucho tiempo. Ella me ha despreciado siempre, y a pesar de ello, continúo yo insistiendo sin desanimarme ante sus negativas. ¿Es esto querer o no es querer?

Florito Sí, señor, es querer... recibir unas calabazas todos los días.

Men. Sin embargo, yo creo que si usted la hablase. acaso ella se decidiera.

Florito Yo la hablaré; pero ya sabe usted el poco resultado que dieron las indicaciones de mi hija.

Men. Sí; pero como doña Matilde está siempre tan ocupada, acaso no haya podido insistir lo bastante.

Florito Sí, muy ocupada está la pobre, y le aseguro a usted que yo ahora me alegro mucho, porque así no se hace cargo de la conducta de Santiago, que me tiene disgustadísimo.

Men. Pero Santiago...

Florito Desconocido, amigo Menéndez. Aquel muchacho tímido y bobalicón ha dado un cambiazo tremendo.

Men. ¿Es posible?

Florito Sé que juega fuerte en el Casino, que anda de juerga con las artistas de varietés que trabajan en San Sebastián y... ¡lo más bochornoso de todo!, que se emborracha todas las noches. Anteayer vino a las tantas de la noche con una curda anticlerical..

Men. ¡Vaya con Santiaguito!...

Florito Decía que iba a prender fuego a todos los seminarios de España.

Men. ¿O sea que el seminarista va sacando los pies del plato?...

Florito ¿Los pies?... ¡Todo el cuepo!... Nunca se retira a casa antes de amanecer. ¿Dónde pasará las noches ese muchacho?

Men. ¿Quiere usted saberlo?... (Bajando la voz.) ¡Pues yo se lo diré a usted! En el Casino.

Florito En la sala de juego, ¿verdad?...

Men. No, señor, durmiendo en una de las butacas del salón de lectura.

Florito ¿Cómo?...

Men. Yo le he visto varias noches.

Florito ¡Qué cosa más extraña!...

Men. A mí también me ha chocado muchísimo.

Florito ¿Pero está usted seguro de que duerme?

Men. Yo al menos le he oído roncar.

Florito Pues no lo entiendo.

Men. La otra noche estaba soñando en voz alta y decía: *Dóminus vobiscum*, ya soy un hombre corrido. *Et cum Spiritu tuo*... ya soy un juerguista. Yo, para evitar que se rieran de él unos señores que estaban sentados allí cerca, le desperté, pero me parece que no me lo agradeció mucho.

Florito Pues, señor, voy de asombro en asombro.

ESCENA V

DICHOS y DOÑA MATILDE, que sale por la puerta del hotel

Mat. Menéndez, Menéndez...

Men. Señora... (Se levanta.)

Mat. Vengo en busca de usted. Necesito su consejo para una cuestión artística.

Men. Para todo lo que usted quiera.

Mat. Es necesario que venga usted conmigo. Se trata de la función que va a dar en San Sebastián la semana que viene la Junta de damas de la Intromisión benéfica. Ya sabe usted que soy vicepresidenta primera.

Men. Ah, yo creí que era usted presidenta.

Mat. No, presidenta soy de la Asociación de encarriladoras de ovejas humanas.

Men. Ah, ya.

Mat. Y secretaria de la Asociación fiscalizadora de las buenas costumbres y tesorera de la Congregración para reconciliar matrimonios desavenidos de la clase obrera. ¡Ay, ésta nos da un trabajo abrumador!... No me queda tiempo para nada.

Men. Y esta función es...

Florito A beneficio de los ilesos del último choque de ferrocarriles, ¿no? (Se levanta,)

Mat. Sí, porque la Diputación, como siempre, se nos ha adelantado y da otra a favor de los heridos y contusos. Yo soy la encargada de resolver el adorno del teatro. ¡Figúrese usted si es un encargo difícil! Quiero que vea usted los croquis que me han enviado del teatro, para que usted elija.

Men. Pues vamos allá. (Se dirigen hacia la puerta del foro, a tiempo que sale por allí doña Eulalia.)

ESCENA VI

DICHOS y DOÑA EULALIA

Mat. A ti también te necesito.

Eul. ¿Para qué?...

Mat. Tú que entiendes mucho de cuentas, harás el presupuesto del gasto de nuestra fiesta de San Sebastián.

Eul. Bueno.

Mat. Le digo a usted, Menéndez, que es para volverse loca.

Men. Los pobres se lo agradecerán a usted. (Vanse por la derecha doña Matilde y Menéndez.)

ESCENA VII

DOÑA EULALIA y DON FLORITO

Florito ¿No perteneces tú también a la asociación que preside Matilde?

Eul. No, señor, me di de baja en cuanto presenté a Encarnita en sociedad.

Florito ¿Por qué?...

Eul. Porque todo el tiempo que paso al lado de mi hija, me parece poco. ¡La quiero tanto!...

Florito Sí, ya se ve.

Eul. Por supuesto que ella se lo merece todo. ¡Es tan buena y tan formal!... ¡Una verdadera alhaja, don Florito!... ¡El hombre que se case con mi niña no sabe lo que se lleva! Además de estar educada como corresponde a una señorita de su clase, es una verdadera mujer de su casa. ¡Cómo borda!... ¡Qué labores hace!... Y sabe francés, inglés, alemán, montar a caballo, patinar con skies y tocar la pianola...

Florito ¡Hola, hola!...

Eul. Hará feliz a su marido.

Florito Pero, oye, Eulalia. ¿puede saberse a qué viene este discurso en honor de tu hija?...

Eul. Pues viene a que yo tengo un proyecto y... si usted quisiera ayudarme.

Florito ¿Cuál es tu proyecto?

Eul. Casar a Encarnita con Santiago.

Florito ¡Ya decía yo!

Eul. ¿Qué, no le parece a usted bien?...

Florito ¿Pero tú sabes si los chicos se quieren?...

Eul. Mi hija está enamoradísima de Santiago.

Florito ¿Te lo ha dicho ella?

Eul. (Con naturalidad.) No; se lo he dicho yo.

Florito No es lo mismo.

Eul. Encarnita es muy reservada y no me hubiese dicho nunca ni una palabra: pero mi instinto de madre lo adivinó todo. Verá usted, la tarde que conoció a Santiago, la tarde del baile, llegó a casa y no quiso cenar: señal...

Florito De que había tomado muchas pastas con el té.

Eul. Y luego se pasó toda la noche suspirando. No hacía más que decir: ¡ay, ay!... ¿Qué quería decir eso?...

Florito Que aún le dolían los pisotones que la dió Santiago.

Eul. ¡Jesús, siempre tiene usted ganas de broma!

Florito No te enfades. Te aseguro que yo vería ese matrimonio con mucho gusto. A Santiago le hace falta casarse pronto a ver si sienta la cabeza, porque no sé si sabrás que ..

Eul. Bah, locuras de la juventud. Lo mismo le

pasó a mi marido; ya sabe usted que de soltero fué una bala perdida, y a los dos años de matrimonio aborrecía ya a todas las mujeres.

Florito Incluyéndote a ti, por supuesto.

Eul. ¡Qué cosas tiene usted!..

ESCENA VIII

DICHOS, MARÍA, GUDELÍA, ENCARNITA, SANTIAGO y RAIMUNDO

Gud. Vaya, al *set,* al *set,* no perdamos tiempo.

Sant. Sí, al *set,* al *set.*

Gud. (A Santiago.) ¡A ver si ahora nos ganan también!

Sant. ¡No, lo que es ahora!

Raim. Desengáñese usted, Gudelia. Usted perderá todos los partidos mientras no sea yo su compañero.

Sant. Estás equivocado. ¡Y ahora probaremos que somos capaces de vencer a cualquiera que se presente! (Vanse por la izquierda Gudelia, Santiago y Raimundo.)

Eul. (Deteniendo a su hija, haciéndola una caricia.) ¿Vas a jugar tú ahora, sol mío?

Encar. Sí. María me ha cedido su puesto. (Vase por la izquierda.)

María Yo paso a ser espectadora.

Eul. (Mirando entusiasmada hacia el sitio por donde hizo mutis Encarnita.) ¡Qué monísima es! ¿Verdad, don Florito?

Florito Sí, Eulalia, sí. ¡Ya habíamos quedado en eso!

María (Asomándose a la balaustrada.) ¡Desde aquí se domina todo el *set* admirablemente!

Florito Pues vamos a presenciar el partido. (Se asoman también él y doña Eulalia.) ¿A quiénes les toca salir?

María A Raimundo y a Encarnita.

Eul. (Entusiasmada.) ¡Mire usted, don Florito, mire usted con qué gracia va a echar la pelota mi niña!

Florito Ya lo veo, ya.

(Pausa. Se supone que comienza el partido. A poco

óyese un grito angustioso de Encarnita, y en seguida doña Eulalia, María y don Florito se separan de la balaustrada y se dirigen presurosos hacia la izquierda.)

Eul. ¡Ay mi hija! ..

Florito ¡Ese Santiago!...

Eul. ¡Me la ha saltado un ojo!

María ¡Vamos, vamos allá!

Eul. ¡Me la ha dejado tuerta!

Florito No te asustes, mujer.

Eul. ¡Ay mi hija!...

(Hacen mutis por la izquierda. A poco vuelven a salir todos los personajes en la forma siguiente: primero Encarnita, que se tapa un ojo con un pañuelo, apoyada en Gudelia y María, detrás doña Eulalia y detrás Raimundo y Santiago.)

Eul. ¿Dónde te ha dado, hija mía?...

Encar. Aquí en el ojo. (Lo descubre, mostrándolo irritadísimo.)

Eul. ¡Jesús, cómo se lo ha puesto...!

Florito (A Santiago.) ¿A quién se le ocurre hacer lo que has hecho?.. Es una incorrección indisculpable.

Gud. ¡Este Santiago es atroz!...

María ¿A quién se le ocurre devolver la pelota con la mano?

Sant. La costumbre, ví que se me escapaba y por devolverla la dí con la mano izquierda.

Encar. ¡Pero con mucha fuerza!...

Raim. Te creíste que estabas en un frontón.

Sant. ¿La he hecho a usted mucho daño?...

Encar. Bastante. Parece que la ha tomado usted conmigo. Primero en el baile y ahora...

Eul. ¿Te duele mucho?...

Encar. Sí, la rodilla sobre todo.

Eul. ¿La rodilla?...

Raim. Sí; al recibir el golpe tropezó y se cayó.

Florito (Indicando el sitio y procurando aprovecharse.) Y te habrás dado aquí en la rótula, ¿verdad?...

Encar. Sí, señor.

Florito ¡Pobrecita, para haberse roto la rótula!...

Gud. Vamos adentro y veremos lo que te has hecho.

Florito (Muy decidido.) ¡Vamos!

Eul. Don Florito...

Florito (Disimulando.) Vamos, que dar ese golpe a Encarnita... No tienes disculpa.

Raim. ¿Quiere usted que la llevemos entre nosotros?...

Florito (Aceptando la idea con gran entusiasmo.) Eso, eso...

Encar. No, no, si puedo andar.

Gud. Apóyate en mí.

María Eso, apóyate en nosotras... (Hacen mutis por la derecha María, Encarnita y Gudelia.)

Eul. (A don Florito.) ¡Jesús, mire usted que si me la llega a dejar tuerta!...

Florito Habrías realizado tu ideal.

Eul. ¿Cómo?

Florito Sí, porque según dice la gente, hubiera tenido que casarse con ella.

Eul. Calle usted, por Dios, que no estoy ahora para bromas. (Entra en el hotel.)

ESCENA IX

DON FLORITO, SANTIAGO y RAIMUNDO

Florito ¿A ti te parece bonito lo que has hecho?

Sant. ¿Yo?...

Florito ¿Cuándo acabarás de fijarte en las cosas?... Empiezo a estar muy disgustado de ti, Santiago... Es necesario que tú y yo hablemos seriamente... Tengo noticias de tu conducta, que me tienen disgustadísimo... Ni la timidez de antes ni la despreocupación de ahora. ¡Hay un término medio!... Pero no es ocasión oportuna de hablar de estas cosas... Además, es ya tarde... Voy aquí al lado a tomarme un vasito de leche. (Vase por la izquierda.)

ESCENA X

SANTIAGO y RAIMUNDO

Sant. El abuelo creía sin duda que yo seguiría siendo el seminarista apocado y corto que no iba a atreverse a nada. (Se sienta.)

Raim. Pero hombre, es que tú extremas las cosas, y esa vehemencia te perjudica.

Sant. No lo creas, yo me entiendo.

Raim. Por tu bien te lo digo. En todo lo que procuro ponerte al corriente, demuestras tal prisa por aprenderlo que no haces nada a derechas.

Sant. Es la impaciencia natural en el que desea no hacer un papel ridículo.

Raim. Es que lo haces por eso mismo. Tienes condiciones para ser un gran jugador de billar, pero quieres empezar haciendo carambolas de retroceso, y en el Casino llevas rotos tres paños.

Sant. Los pago y en paz.

Raim. Pero si es que en todo te pasa lo mismo. Tenemos aquella juerguecita con las cupletistas del Colón, te presentan a la Tirolesa y, sin estar enterado de si tiene algo que ver con los amigos que nos acompañaban, de buenas a primeras la plantas un beso y se arma el gran escándalo, porque esas señoritas también tienen su decoro... relativo. Gracias a que estábamos como quien dice en familia y no trascendió lo ocurrido, ni se enteró nadie.

Sant. (Con profundo disgusto.) ¿No se ha enterado nadie?...

Raim. Nadie.

Sant. ¿Ni tampoco de haber roto yo el espejo con aquella copa cuando me puse algo alegre? (Se levanta.)

Raim. Tampoco se ha sabido. Ya tuve yo buen cuidado de pagar la luna, que la cobraron como si fuera de cristal de Venecia.

Sant. (Muy contrariado.) ¡Vaya por Dios!

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA MATILDE que sale del hotel.

Mat. Santiago...

Sant. ¿Qué quieres, mamá?...

Mat. Acabo de enterarme del golpe que has dado a Encarnita y he tenido un verdadero disgusto. ¡Pobre muchacha! Tiene desgracia contigo...

Raim. ¿Está peor?

Mat. No; pero de todas maneras es un incidente muy desagradable. Por fas o por nefas no pasa un momento sin que vo tenga alguna contrariedad. ¡Esto no es vivir!...

Raim. Tía, por Dios, no hay que dar a las cosas más importancia de la que tienen.

Mat. Unas cosas de importancia y otras sin ella, me tienen siempre intranquila y preocupada. (A Santiago.) Ahora recuerdo que no te he preguntado todavía si esta mañana fuiste al convento para dar mi recado.

Sant. Sí, mamá. Allí estuve. La superiora me dijo que confiaras en que haría cuanto pudiese en favor de tu recomendada.

Mat. ¿Visitaste el convento?...

Sant. Sí, me enseñaron todo lo que hay allí digno de verse.

Mat. Tienen algunos objetos de arte de verdadero valor. (A Raimundo.) Todo eso te pierdes tú de ver por tu poca afición á las cosas santas. ¡Y que te diga éste qué monjas tan simpáticas y tan bondadosas!

Sant. ¡Y algunas guapísimas!

Mat. ¡Santiago!

Sant. La hermana tornera tiene unos ojos...

Mat. Ya sabes que no me gustan esas bromas.

Sant. No, si lo digo de veras.

Mat. (Escandalizada.) ¡Ave María Purísima! Pero hijo, tú estás completamente cambiado.

Sant. No, si en eso he reparado siempre.

Mat. (Santiguándose.) ¡Jesús, María y José!

ESCENA XII

DICHOS y MARÍA que sale por la derecha.

María Tía, Menéndez dice que hagas el favor de ir al despacho.

Mat. Ay, sí, es verdad. ¡Si no sé dónde tengo la cabeza!...

María Está indeciso entre dos modelos para el adorno del teatro y quiere que tú elijas.

Mat. Ven conmigo, Raimundo. Tú lo elegirás. ¡No siempre he de hacerlo yo todo!

Raim. Como quieras.

Mat. ¡Qué disgusto, Raimundo, qué disgusto!... ¿Quién le habrá puesto así a Santiago?...

Raim. Yo no, tía.

Mat. Ah, las malas compañías, los malos ejemplos... El mundo está perdido. (Entran doña Matilde y Raimundo en el hotel.)

ESCENA XIII

MARÍA y SANTIAGO

María Escucha, Santiago...

Sant. ¿Qué, vas a echarme tú también un sermón por lo que ha sucedido?...

María No. ¿Qué culpa tienes tú?... Ha sido un incidente del juego.

Sant. Claro.

María Es que quiero decirte una cosa...

Sant. Bueno, luego me la dirás. Voy arriba; ¿dónde está Gudelia?...

María Está ahora entretenida con Encarnita y doña Eulalia. Espera... Ya te he dicho que quiero hablarte de una cosa...

Sant. (Impaciente.) Pues dila pronto.

María Santiago...

Sant. ¿Qué hay?..

María (Sin saber como empezar.) Menéndez me hace el amor desde hace algún tiempo.

Sant. Lo sé.

María Y aunque yo le he dado calabazas cuantas veces se me ha declarado, él insiste una vez y otra...

Sant. Es muy pesado, también lo sé.

María La tía me dice que hago mal en despreciarle, que es una excelente proporción: pero yo no le quiero.

Sant. Lo comprendo.

María ¿Entonces crees que hago bien en rechazarle?

Sant. Claro que haces muy bien.

María Me alegro de que pienses como yo. Reconozco que él está muy enamorado de mí y que es un hombre de buena posición, muy cortés, muy fino...

Sant. ¡Insufrible!...

María Pero también estoy convencida de que con Menéndez yo no sería feliz. ¡Cada uno tiene su ideal en todo, y para mi matrimonio el marido que yo sueño es tan distinto a ese buen señor! Por eso no le quiero, ni le querré nunca.

Sant. ¡Y menos todavía si quieres a otro!

María (Sin atreverse a levantar los ojos del suelo.) Ah, ¿tú crees?... ¿Tú supones?...

Sant. Yo no supongo nada; pero sería lo natural. Eres joven, eres bonita.

María (Con íntima satisfacción.) ¿Te parezco bonita?

Sant. (Riendo.) Pero muy bonita, ¿quién lo duda?

María (Con amargura.) ¡Y lo dices riéndote!...

Sant. ¿Quieres que me ponga triste para decir la verdad?

María Claro, yo lo comprendo; a ti este asunto te tiene completamente sin cuidado.

Sant. Estás equivocada; todo lo que se refiera a ti, tiene que interesarme.

María (Más animada.) Entonces ayúdame en este trance tan difícil en que me encuentro.

Sant. ¡Hija mía, te ahogas en un vaso de agua!... Yo no veo la dificultad por ninguna parte. ¡Como nadie ha de obligarte en que te cases con él!...

María Es que a Menéndez no le desaniman mis negativas y la tía insiste en que debo corresponderle. ¿Qué me aconsejas que haga?

Sant. Pues insistir tú en que no le quieres... o decir que quieres a otro.

María (Más cortada cada vez.) ¿A otro?

Sant. Es un recurso para que te dejen en paz.

María (Con los ojos fijos en el suelo.) ¿Y si no fuera recurso?... ¿Y si fuera cierto?...

Sant. Entonces mucho mejor, así no tienes que fingir...

María Pues, escucha, Santiago, es verdad. ¡Yo quiero a otro hombre!...

Sant. Me alegro muchísimo. ¡Vaya, me voy arriba!...

María (Con amargura.) Ni siquiera me preguntas quién es...

Sant. Cuando no me lo dices, me figuro que tendrás interés en callarlo... Yo soy discreto. *¡In discretione consistit virtus!...*

María (Rápidamente.) Por Dios, no me hables en latín, que me parece que aún te estoy viendo con aquella sotana tan negra y aquella beca tan roja en la cintura. ¡No puedes figurarte qué mal efecto me hacía verte vestido de seminarista!... Aún recuerdo el día que, después de tantos años de ausencia, cuando la tía me sacó del colegio y volví a España, te vi en el Seminario... ¡No me pareciste el mismo que jugabas conmigo cuando éramos dos niños!... Al mirarte, me dió una tristeza muy grande y pensé para mis adentros... (Enterneciéndose.) «Lastima de chico, tan simpático, tan guapo...»

Sant. Muchas gracias.

María (Casi llorando.) «¡Qué feo está vestido de cura!... ¡Y pensar que saldrá de aquí para cantar misa, él que podía ser tan dichoso en el mundo y podría hacer feliz a alguna mujer!...

Sant. (Con mucho interés.) ¿Crees tú que puedo hacer feliz a alguna?

María ¡Y a muchas!... Vamos, quiero decir...

Sant. ¡Dios te oiga, María!...

ESCENA XIV

DICHOS y DON FLORITO, que sale por la izquierda apoyándose al andar en los hombros de un ALDEANO. Nada más ver al bueno de papá Florito se comprende que le ha fallado en esta ocasión el recurso de «El pobre Valbuena»

Ald.º *Errecuéstese,* pues. *Más mejor* irá así.

María (Acercándose a su abuelo, muy asustada.) ¿Qué le ha pasado a usted?...

Sant. ¿Qué es eso, papá Florito?

Florito Un mareíllo... Nada. (Se sienta en una de las butacas de paja.)

María ¿Qué ha sido?

Florito Te digo que nada. (Al Aldeano.) Retírese, buen hombre, retírese...

Sant. No, no. (Al Aldeano.) Explíquenos usted lo que ha pasado.

Ald.º Yo *te* diré, pues. El caserío mío *serca, serca*

tengo, y el señor las tardes marcha allá. Un vaso leche ya le gusta tomar y... Ultimos días bebérase y en seguida *patatús o así* le suele tomar... Según dise la hija, porque yo hasta hoy no he visto, que siempre ha dao *casolidad* tomar el mal cuando yo no estoy adelante.

Florito ¡Sí, siempre ha dado esa casualidad!

Ald.º Hoy a la tarde me estaba yo *serca* del caserío y en una de éstas *¡plaust! errepetir el patús o eso.* Empiezo a correr y justo, justo me llegaba cuando el señorito *abrasar* quería a Francisca pa no caer suelos; pero, grasias a Dios, llegué pronto a agarrarlo.

Florito ¡Sí, muy oportunamente!

Ald.º Se pasó en seguida. El día que más pronto ha pasao, según dise la hija. Yo he dicho pa venir a casa y que yo acompañaría; él que no, que muchos trabajos tienes, que mejor que acompañaría chica. Por último, traer yo arreglamos.

Florito ¡Eso arreglamos!

María ¿Se convence usted, papá Florito de que tiene usted que hacer otra clase de vida?

Florito (Entre dientes) ¡Sí, tengo que ir a otra hora!

María ¡Ya no está usted para estos trotes!

Florito ¡Tienes razón, no estoy para estos trotes!

Ald.º Ahora con ustedes está, ¿sí?, yo al caserío marcho.

Florito ¡Vaya usted con Dios!

María (Bajo a don Florito.) Dele usted algo.

Florito Es verdad. Tenga, buen hombre. (Le da unas monedas.)

Ald.º *Eskarrikasco jaunac. Eskarrikasco. Arriyo va.*

Sant. ¡Vaya usted con Dios!

Ald.º *Arriyo.* Adiós, pues. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XV

DICHOS menos el ALDEANO

Sant. ¿Se encuentra usted completamente bien?

Florito Si no ha sido nada.

Sant. Pues hasta luego. (Entra en el hotel.)

ESCENA XVI

MARÍA y DON FLORITO

María ¿Quiere usted que le mande hacer una taza de té?.

Florito No, no...

María Pues le sentaría a ustéd admirablemente, porque parece que se ha quedado usted frío.

Florito Sí, un poco frío me he quedado; pero ya estoy bien.

María Entonces... (Se dirige hacia el hotel.)

Florito No, no te vayas, que aprovecharé la ocasión de que estamos solos, para cumplir un encargo reservado, urgente y muy importante para ti.

María Soy toda oídos.

Florito Menéndez...

María (Sin dejarle concluir.) ¿Usted también?... ¡Ay, papá Florito, por lo que más quiera usted en el mundo, no me hable usted de ese hombre! Ya le he dicho a Menéndez que no le quiero, y se lo he dicho a la tía, y se lo digo a usted, y se lo diré a todo el mundo. ¡No le quiero, no le quiero y no le quiero!

Florito (Cariñosamente) Por lo visto estás resuelta a quedarte para vestir imágenes. A cuantos se han indicado en ese sentido has contestado igual. ¡Parece mentira que a tu edad no hayas estado enamorada nunca!

María Eso de que no haya estado nunca enamorada...

Florito ¿Ah, tienes secretos para mí?

María Sí, uno, y con usted no debo tenerlo.

Florito Claro que no.

María Usted que tanta experiencia tiene del mundo y tanto sabe de estas cosas de hombres y mujeres.

Florito Algo, algo...

María Puede aconsejarme mejor que nadie.

Florito ¿Quién lo duda?

María Pues voy a confesárselo a usted todo.

Florito ¿Se trata nada menos que de una confesión? Pues a ello. (Se sienta en una de las butacas de playa.) ¡Ya estoy en el confesonario! Acércate a mí y habla.

María (Se arrodilla al lado de la butaca, dando frente a uno de sus costados y empieza a hablar en la misma forma en que se confiesan las mujeres.) Es un secreto...

Florito Nadie mejor que yo para saberlo. ¡A ver si es gorda la penitencia que tengo que imponerte!

María Empieza la confesión. Acúsome, padre... mejor dicho, acúsome, abuelo.

Florito (Con solemnidad cómica.) Por ser en este momento solemne, te consiento que me llames así. Continúa.

María Acúsome de que quiero a un hombre con toda mi alma.

Florito Eso no es pecado. Con una bendición del cura se cura.

María Toda mi alegría la cifro en este cariño. Durante mucho tiempo lloré juzgándolo perdido; pero ahora que ha desaparecido el obstáculo que se oponía a él, me anima la esperanza de que llegue a ser correspondido.

Florito ¡Anda demonio! ¿Pero ahora resulta que tu galán no sabe todavía que le quieres?

María No lo sabe. Ni lo sospecha siquiera.

Florito Entonces rectifico. El tuyo es pecado mortal... de necesidad.

María ¿Así lo califica usted?

Florito ¿Cómo he de calificarlo?

María ¡Pues cuando usted sepa quién es el hombre a quien yo quiero!...

Florito ¿Quién es?

María Pues es... Santiago.

Florito (Asombradísimo.) ¿Tu primo?

María Chist, baje usted la voz.

Florito Pero, ¿desde cuándo le quieres?

María Desde hace mucho tiempo. Al morir mis padres, cuando aún era yo una niña, la tía y usted ampararon mi orfandad llevándome a su casa. Al cumplir los doce años, bien a pesar mío, me separé de ustedes. Para completar mi educación me envió la

tía a un colegio de Londres, donde pasé seis años, muy largos y muy tristes.

Florito Cierto. En todas tus cartas nos decías que estabas deseando volver a España.

María Pues allí fué donde me enamoré de Santiago.

Florito ¿Allí?... Pero si él no estaba en Inglaterra.

María No importa. Mientras estuve allí, solo recibí un par de cartas de la tía. Usted tampoco me escribió mucho; pero Santiago... En ningún correo me faltaba carta suya. El era quien me daba noticias de ustedes y el único que me consoló en mi destierro. ¡Qué cartas me escribía!... ¡Qué alientos me daban sus consejos para soportar mi estancia lejos de ustedes!... El agradecimiento que su conducta para conmigo, despertó en mí, se convirtió luego en un cariño más grande y más firme del que le tenía, y dejando volar a la imaginación poco a poco fuí haciendo ilusiones y... ¡Ahí lo tiene usted explicado todo!... Ahora comprenderá usted por qué lloré tanto cuando, al volver a España, supe que Santiago se había decidido a seguir la carrera eclesiástica.

Florito Claro que lo comprendo. ¡Y él sin enterarse todavía!....

María Más ciego cada vez. Por eso quiero que me aconseje usted. ¿Qué debo hacer para que Santiago conozca que le quiero?...

Florito Pues... hija mía, todavía no hay la costumbre de que las mujeres se declaren a los hombres.

María ¿Lo toma usted a broma?

Florito ¡Qué he de tomarlo! la cosa es seria y muy seria.

María ¿Le disgusta a usted?

Florito Al contrario. ¡No puedes darme mayor alegría!... Tanta, que ya lo ves... *Ego te absolvo.* (Se levantan los dos.)

María Entonces, ayúdeme usted.

Florito ¿Y cómo?... Figúrate que él está ya enamorado de otra.

María Ese es mi temor. Me parece que sí.

Florito ¿De quién?

María De Gudelia.

Florito ¿La viudita?... Temible, temible.

María La sigue a todas partes, procura hacer lo que a ella le gusta, no tiene ojos más que para ella.

Florito ¿Y crees que ella le corresponde?

María Gudelia corresponde a todos.

Florito (Profundamente convencido.) A todos no.

María Por eso, papá Florito, estoy tan triste desde hace unos días... Tengo una pena tan grande... (Llora.)

Florito (Abrazándola.) ¡Pobrecita! ¡Lloras!... Sí estás enamorada.

ESCENA XVI

DICHOS y DOÑA MATILDE, GUDELIA, DOÑA EULALIA, ENCARNITA, SANTIAGO, MENÉNDEZ y RAIMUNDO, que salen del hotel

Mat. Allí están... Papá, María...

Florito ¿Qué hay?

Mat. Menéndez va a hacernos un grupo fotográfico a la entrada de la gruta.

Men. A esta hora de la tarde podemos hacer un contraluz precioso.

Florito Sí que estará bien.

Men. Luego haremos otro de doña Matilde y María... (Bajo a María.) Así me la llevaré a usted.

María Yendo con mi tía, no tengo inconveniente.

Eul. A Encarnita la pondremos de perfil para que no se la vea lo del ojo.

Men. Como usted quiera. Y en la última placa haremos otro grupo poniendo como fondo el lago.

Gud. Pues yo no quiero salir más que en ese. Aquí les aguardo hasta que acaben de hacer los de la gruta. (Se sienta.)

Raim. Yo acompañaré a usted.

Sant. Y yo.

Men. Como ustedes quieran.

Mat. Vamos allá. (Vanse por la izquierda doña Eulalia, doña Matilde, Encarnita y Menéndez.)

María ¿Pero no vienes, Santiago?

Sant. No. Cuando vaya Gudelia.

María (Bajo a don Florito.) ¿Vé usted, papá Florito?

Florito Ya lo veo, hija, ya lo veo.

María Se queda con ella.

Florito No te apures. Ya nos quedaremos nosotros con él. (Vanse María y don Florito por la izquierda.)

ESCENA XVII

GUDELIA, SANTIAGO y RAIMUNDO

Raim. (A Santiago.) ¿Por qué no vas tú también a retratarte en este primer grupo?

Sant. Porque prefiero estar en el otro... en el que esté usted. (A Gudelia)

Gud. Muchas gracias.

Sant. ¿Y tú, por qué no vas?

Raim. Pues... por la misma razón que tú...

Gud. Pues muchas gracias también. (Pausa.) ¡Qué bien se está aquí! ¿verdad?

Raim. Muy bien.

Sant. Muy bien.

Gud. De vez en cuando viene cargado el aire de un aroma tan penetrante...

Raim. Sí, hay por aquí tantas rosas y tantos claveles.

Gud. No, no es a esas flores a lo que huele, es un perfume más penetrante, más intenso.

Sant. Es verdad, Gudelia. ¡Huele a madreselvas!...

Raim. ¡Chico, ni un perro perdiguero!...

Gud. Pues tiene razón. Al venir esta tarde, he visto cerca de aquí unas matas cuajadas de madreselvas... No las he cogido porque están al borde de una zanja por donde corre un arroyo muy sucio y he temido resbalar en el barro y caerme en él, que si no, ¡vaya si las cojo! porque a mí esas florecillas me entusiasman.

Sant. Parece mentira que una mujer como usted, de mundo, que vive entre las frivolidades de nuestra sociedad, demuestre siempre ese amor vehemente por la Naturaleza.

Gud. ¿Qué quiere usted?... No puedo remediarlo.

Sant. Eso prueba la delicadeza de su espíritu. Si no se riera usted del latín, yo le diría a usted una cosa...

Gud. No, no me diga usted nada en latín. (A Raimundo.) ¿Qué busca usted, Raimundo?...

Raim. Mi petaca. Se me ha debido caer en el campo de *tennis*.

Sant. ¿Quieres un cigarro? (Ofreciéndole un puro muy largo.)

Raim. No. Sentiría haberla perdido. Con el permiso de usted voy a ver si la encuentro. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XVIII

GUDELIA y SANTIAGO

Sant. Me alegro de que se haya marchado.

Gud. No sé por qué. Raimundo es muy simpático y muy agradable.

Sant. Todo lo simpático y todo lo agradable que usted quiera; pero me alegro de que se haya marchado.

Gud. Pues yo no.

Sant. Voy sospechando que mi primo no le es a usted indiferente. (Se sienta.)

Gud. Ya le he dicho a usted varias veces que los hombres como Raimundo merecen todas mis simpatías.

Sant. Ya lo sé... Por eso yo... (Saca el cigarro que ofreció antes a Raimundo y lo enciende, procurando que Gudelia se fije bien.)

Gud. Usted, ¿qué?...

Sant. No, nada... (Echa grandes bocanadas de humo.)

Gud. Es hermosísimo este jardín que tienen ustedes...

Sant. Cuando hay que verlo es al amanecer.

Gud. ¿Se levanta usted temprano?

Sant. Al contrario. (Dándose importancia.) ¡Nunca me retiro a casa antes de las cinco o las seis de la madrugada!...

Gud. (Burlona.) ¿Ah, sí?

Sant. Nunca. ¡Como estoy siempre metido en el Casino!... La ruleta tiene sus encantos, y cuando se han perdido algunos miles de pesetas, siempre le retiene a uno el interés de recobrarlas. (Con desenfado cómico.) ¡El vicio, el maldito vicio, que le domina a uno!...

Gud. ¿Ah, sí?...

Sant. Luego, como esto no está lejos de San Sebastián, en el auto llego aquí en seguida. Esta mañana, tuve la curiosidad de verlo; hice el recorrido en doce minutos y treinta y cuatro segundos.

Gud. ¿Y lo guía usted?

Sant. Sí.

Gud. ¿Y a cuántas personas ha atropellado usted ya?...

Sant. Hasta ahora a ninguna... Pero es que no hace más que un mes que aprendí a guiarlo.

Gud. Entonces, todavía es pronto.

Sant. Claro.

Gud. ¿Y dice usted que va mucho al Casino?...

Sant. Allí paso mi vida. Allí leo, allí escribo mis cartas, allí recibo mis visitas, allí como, allí ceno...

Gud. Y allí duerme usted.

Sant. (Alarmado.) No, ¿quién le ha dicho a usted que yo me duermo allí?...

Gud. (Riendo.) Nadie, hombre, pero ya es lo único que le falta a usted.

Sant. (Tranquilizándose.) Sí, es verdad; lo único.

Gud. Entonces, si está usted tan metido en el Casino, conocerá usted a Manolito Rovira.

Sant. Es amigo mío.

Gud. ¿Y sabe usted como se resolvió por fin la cuestión que tenía pendiente con Antonio Santibáñez?

Sant. Creo que se arregló ayer firmando un acta.

Gud. Ah... ¡Qué desilusión!... Cuando esas cuestiones acaban así pierden todo su encanto.

Sant. Ah... ¿de modo que a usted le gusta que acaben de otro modo?...

Gud. Es claro. Como que si no es para acabar batiéndose, no debe plantearse una cuestión personal. ¡El origen de la cuestión con Antonio, creo que ha sido una cupletista del Colón!... Usted estará muy enterado, porque, según me han dicho, no sale usted de allí.

Sant. (Muy satisfecho.) ¿Se lo han contado a usted?

Gud. Sí, ya sé que está usted muy colado con una bailarina.

Sant. No. Aventurillas sin importancia que aca-

ban cuando el hombre logra encontrar una mujer buena que corresponde a su cariño.

Gud. ¿Y usted?...

Sant. La he encontrado ya.

Gud. ¿Sí?

Sant. Sí, Gudelia. Yo cometo todas estas locuras por hacerme agradable a los ojos de la mujer que quiero. Por ella sería capaz de desafiar a todos los hombres del mundo, porque ama a los valientes...

Gud. Santiago...

Sant. Sí. Y la ofrecería con mi cariño todas las madreselvas que crían los campos, aun corriendo los mayores peligros. ¿Entiende usted lo que quiero decir con esto de las madreselvas?

Gud. (Riéndose.) Santiago, francamente, yo... no sé qué decirle... (Se levanta.)

Sant. Ahora lo entenderá usted... (Echa a correr haciendo mutis por la izquierda y tropieza con Raimundo que entra en ese momento con un manojo de madreselvas.) ¡Ay, perdona!

ESCENA XIX

GUDELIA y RAIMUNDO

Raim. ¡No llevas poca prisa, hombre!... ¡De milagro no me ha deshecho las madreselvas!...

Gud. ¿Eh?

Raim. Aquí está este manojo de las que usted deseaba.

Gud. Por Dios, ¿para qué se ha molestado usted?

Raim. Un deseo de usted, es para mí una orden.

Gud. Gracias. ¿Y cómo le pagaré este favor? (Se coloca las madreselvas en el pecho.)

Raim. Bien pagado está con el gusto de ver el sitio donde usted las coloca.

Gud. Chist, cuidado. No adelantemos los acontecimientos.

Raim. Con tal que lleguen un poco antes o un poco después, me daré por satisfecho. No soy de los impacientes, ya lo habrá usted conocido. Soy de los que saben esperar resignados la dicha que aguardan ansiosos...

Gud. Bueno, pues no sea usted ansioso... ¡como dicen los chulos!

Raim. Gudelia.

Gud. ¿Qué hay?

Raim. Usted no tiene idea del cariño que yo la tengo, de la fascinación que ejerce usted sobre mí.

Gud. (Riendo.) No me venga usted con frases cursis, Raimundo.

Raim. Hablo a usted con el corazón en la mano.

Gud. (Cogiéndole burlona las dos.) ¿En cual?... ¡No lo veo!

Raim. No se burle usted de mí, por Dios se lo pido.

Gud. Ante todo, no sea usted vehemente.

Raim. Procuraré no serlo; pero, ¿por qué quiere usted retardar mi felicidad?

Gud. Pues... por el gusto de retardarla. Además, usted dice que me quiere, ¿pero qué pruebas me ha dado usted de su cariño?

Raim. Pídame usted la prueba que quiera.

Gud. Una le podría a usted pedir, que es la definitiva en estas cuestiones del querer. ¿Entiende usted por dónde voy?... ¿Estaría usted dispuesto a ella?

Raim. A eso y a cuanto usted me pida.

Gud. Ay, no, a eso no. Me bastó con la primera vez. ¡Pobre esposo mío! En la gloria estará; yo por mi parte también estoy en ella.

Raim. Pues por eso, si es usted libre y dueña de sus acciones y yo libre también...

Gud. Repito que no adelantemos los acontecimientos; el tiempo dará gusto a todos. Ya sabe usted lo que dicen los árabes: «Está escrito.» Si ello tiene que ser, será.

Raim. Es usted adorable.

Gud. Calle usted, que vienen.

ESCENA XX

DICHOS, DON FLORITO y MARÍA, que salen por la izquierda

Florito (Desde dentro.) Santiago, Gudelia, Raimundo...

Gud. Aquí estamos.

Florito ¿Qué hacen ustedes aquí?... Media hora

lleva el pobre Menéndez frente al lago con la máquina preparada.

María ¿Y Santiago?... ¿No estaba con vosotros Santiago?

Gud. Sí; pero se ha ido.

Florito Vamos, vamos allá.

Raim. Vamos a hacernos el grupo.

María Sí, pero falta Santiago; ¿dónde se habrá metido?

Florito Vamos, vamos... (Se encaminan hacia la izquierda a tiempo que sale por allí Santiago. Fácilmente se adivina al verle que se ha caído a la zanja de que hablaba Gudelia. Trae todo el traje y la cara manchadísimos de barro. Viene orgullosísimo con un gran brazado de madreselvas.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SANTIAGO que sale por la izquierda.

Sant. Aquí estoy.

María ¡Pero, Santiago!

Raim. ¿De dónde vienes?

Florito ¿Qué te ha ocurrido?

Gud. ¿Se ha caído usted en la zanja?

Sant. Sí, pero aquí están las madreselvas; las que usted deseaba.

Raim. No, las que Gudelia deseaba ya las tiene; míralas.

Sant. (Con rabia.) Se me adelantó.

Gud. Sí, se le ha adelantado a usted.

Sant. Entonces...

Raim. Has hecho un viaje inútil.

Gud. Eso no. Traiga usted. (Mirando alternativamente con coquetería a Raimundo y a Santiago.) Una mujer puede colocar sobre su pecho todas las flores que le ofrezcan sus adoradores. (Coge tres o cuatro florecillas y se las prende en el pecho.)

Florito (¡Qué lagartona!)

Gud. Y ahora vamos a retratarnos.

Sant. Sí, a retratarnos.

Florito No. Tú a mudarte.

Sant. Deje usted. (Ofrece el brazo a Gudelia, que en ese momento acepta el que la ofrece Raimundo.)

Gud. (A Raimundo.) Gracias.

Sant. ¡También se me adelantó!

Gud. Vamos allá. (Vanse Gudelia y Raimundo.)

Florito Anda a mudarte, anda... No haces más que tonterías.

Sant. Es que estoy loco; esa mujer me ha trastornado. (Entra en el hotel.)

María ¿Usted oye? ¡Dice que le ha trastornado!

Florito (Mareado ya.) A mí sí que me habeis trastornado vosotros. ¡Qué expresivos vamos a salir en el grupo!...

(Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto segundo

ESCENA PRIMERA

Un CRIADO, seguido de DOÑA EULALIA y ENCARNITA

Criado Pasen ustedes por aquí.

Eul. No. Aquí esperamos.

Criado Pues tengan la bondad de sentarse. Voy avisar a la señora Marquesa. (Vase.)

Eul. Está bien. (Se sientan las dos. Pausa.) Hija mía, hazme el favor de poner otra cara.

Encar. ¿Qué cara quieres que ponga?...

Eul. Otra más alegre; es preciso disimular, no darnos por disgustadas porque toda nuestra combinación se la ha llevado Pateta.

Encar. No, si yo no estoy disgustada por eso. Nunca me hice ilusiones de que Santiago se casaría conmigo.

Eul. Pues yo sí, y en algunos momentos ya consideraba como seguro que se te declararía. Por supuesto, que si hubieras seguido todas mis indicaciones, tal vez no se te hubiera escapado... Pero eres tan sosa, tan pava.

Encar. ¡Mamá!

Eul. Es la verdad, hija. No has sacado la desenvoltura de tu padre ni la mía. ¡Cuántas veces me lo decía el pobre!: «Yo no sé a quién ha salido esta criatura...» Y yo digo lo mismo que él.

Encar. Yo he hecho todo lo que me has mandado, y sin embargo.. Antes de anoche mismo, sin ir más lejos, me puse a su lado en el salón de fiestas del Casino, cuando estaban tocando la última pieza, para ver si me sacaba a bailar... ¡Y eso que ya sé yo a lo que se expone una bailando con él!... ¡Aún me duelen los pisotones que me dió la tarde que le conocí!... ¡Y ya lo viste, no me sacó!... Desengáñate; Santiago no estaba para mí.

Eul. No, pues para Gudelia tampoco está. ¡Qué sorpresa se habrá llevado al enterarse de la trastada que le ha hecho Raimundo!... A mí no me ha extrañado; aquel coqueteo de ella con Raimundo tenía que acabar como ha acabado. Esa viudita tenía que hacer una de las suyas.

Encar. Chist, cállate, que me parece que salen.

ESCENA II

DICHAS y DOÑA MATILDE que sale del hotel.

Mat. Dispensadme que os haya hecho esperar.

Eul. Nada de eso, mujer.

Mat. Estoy medio loca. Añade a todas mis ocupaciones de siempre los preparativos para el viaje, y comprenderás que estoy que no puedo tenerme en pie. (Se sienta.)

Eul. ¿Cuándo es la marcha?...

Mat. Mañana. Y vosotras, ¿cuándo regresais a Madrid?...

Eul. No lo sé. Este año retrasaremos nuestra vuelta, porque como a ésta ya sabrás que le ha salido...

Mat. ¿Qué?...

Eul. (Haciéndola un signo de inteligencia.) ¡Dile a Matilde lo que te ha salido, hija mía!

Encar. (Con sosería.) Pues me ha salido un novio.

Eul. Hija, lo dices como si te hubiera salido un grano.

Encar. Sí, me ha salido... eso.

Mat. ¡Cuánto me alegro!...

Eul. Gracias. Es una excelente proporción; un muchacho de la aristocracia italiana que

está veraneando en Biarritz. Ha venido a pasar unos días a San Sebastián, ha conocido casualmente a ésta y le ha flechado. Tal vez le conozcas, es barón de Mónaco y me parece que duque o conde de no sé qué. ¿Qué otro título tiene, Encarnita?

Encar. Me parece que no es más que barón.

Mat. No, no le conozco.

Eul. Un chico riquísimo, y se ha enamorado de ésta de tal modo, que quiere casarse en seguida. Por eso retrasaremos nuestro viaje, porque vamos a encargar a París el *trousseau* de ésta. Encarnita quiere que se lo traigan todo de allí.

Encar. Sí, todo lo voy a encargar a París.

Mat. Vaya, pues que sea enhorabuena. ¡Ya sabeis que en esta casa se os quiere de veras!...

Eul. Ya lo sé, y nosotras correspondemos a ese cariño. Por eso nos ha disgustado mucho la... contrariedad que ha tenido Santiago.

Mat. ¿Mi hijo?... ¿Ha tenido alguna contrariedad?... ¡No sé nada!...

Eul. Sí, mujer; lo de Raimundo y Gudelia.

Mat. No sé a qué te refieres.

Eul. A lo de anoche.

Mat. Te juro que no sé de qué me hablas.

Eul. Pues todo el mundo está ya enterado de ello. Gudelia y Raimundo que han dado la gran campanada, marchándose juntos de San Sebastián.

Mat. No lo sabía; pero, ¿qué tiene que ver todo eso con mi hijo?

Eul. ¿Pero tú ignorabas que Santiago le hacía el amor a Gudelia?...

Mat. Es la primera noticia que tengo, ¡y siempre me pasa lo mismo!... Con tanto interesarme por los demás, parece que no me intereso por lo mío.

ESCENA III

DICHAS y DON FLORITO que sale del hotel

Florito Tanto bueno por aquí.

Eul. Ah, buenas tardes, don Florito. Hemos venido a despedirnos de ustedes.

Florito Se acabó el veraneo, ¿eh?... (Da la mano a doña Eulalia y besa a Encarnita.)

Eul. No, nosotras nos quedamos unos días más.

Florito ¿Sí?

Eul. Sí. Ya le dirá a usted Matilde por qué. ¿Y María?

Florito Está un poco indispuesta.

Mat. Sí, se queja de una jaqueca fuerte.

Eul. Pues despídanos de ella.

Mat. ¿Os vais ya?

Eul. Sí, me marcho antes de que anochezca, porque el «chauffer» que tenemos ahora no me inspira mucha confianza.

Florito Has comprado automóvil, ¿eh?

Eul. No. Me ha prestado el suyo la duquesa de Finojosa.

Florito Ya. ¡Cómo habías dicho el «chaufer» que tenemos nosotras!...

Eul. Claro, ahora le tenemos nosotras. Vaya, adiós y buen viaje.

Encar. Adiós, doña Matilde. Adiós, don Florito.

Florito Adiós, mujer. (Besa a Encarnita.) Adiós, monina.

Eul. No salgas, no salgas.

Mat. Pues, adiós, y que se realice pronto eso.

Eul. Gracias. Recuerdos a Santiago. (Vanse doña Eulalia y Encarnita por la izquierda.)

ESCENA IV

DON FLORITO y DOÑA MATILDE

Florito ¿Y qué es eso que van a realizar?...

Mat. El matrimonio de la chica. Me ha dicho que tiene un novio muy rico.

Florito Pues a eso han venido más que a otra cosa, a meternos el novio por las narices. Por lo visto se han convencido ya de que deben renunciar a la pesca de Santiaguito.

Mat. (Asombrada.) ¿Cómo; pero pensaban?...

Florito ¿Pero, hija, no lo habías conocido?...

Mat. Yo no. Como no sabía nada de lo que me han dicho de mi hijo, de su enamoramiento por Gudelia.

Florito Ah, ¿tampoco lo habías observado?...

Mat. Tampoco.

Florito Hija mía, tú no sabes nada de lo que debías saber.

Mat. Es verdad. Tienes razón.

Florito Ni sospecharás la causa de la jaqueca que hoy tiene María.

Mat. No.

Florito Pues ya irás enterándote de todo.

Mat. (Se encamina hacia el hotel.) Voy a ver a María. Ella me explicará...

Florito No te explicará nada. Te dirá que le duele la cabeza.

(Vase doña Matilde.)

ESCENA V

DON FLORITO y MENÉNDEZ, que sale por la izquierda

Florito Amigo Menéndez...

Men. Buenas tardes, don Florito.

Florito Esta mañana se llevaron el retrato.

Men. Ya lo sé. ¡Ya irá camino de Madrid!

Florito Siéntese usted. (Se sientan los dos. Pausa. Menéndez da señales de estar muy nervioso.) ¡Está usted así como preocupado! ¿Qué le pasa?... ¿Teme usted que el jurado no admita su obra?...

Men. No, señor; nada de eso. Mi preocupación es por otra cuestión bastante más grave.

Florito Pues, ¿qué pasa?...

Men. Usted, claro, no estará enterado todavía.

Florito ¿Qué es ello? Me intranquiliza usted.

Men. Don Florito, yo sé que al venir hoy aquí, cometo una incorrección indisculpable.

Florito ¿Qué dice usted?

Men. En este momento yo no debía estar en esta casa.

Florito Está usted en la suya siempre que viene a ella.

Men. Gracias; pero usted no ignora que en ciertos casos...

Florito (Alarmado.) Explíquese usted.

Men. Las leyes del honor, cuando hay planteada una cuestión personal, impiden que uno de los adversarios vaya a casa del otro.

Florito Pero, ¿a qué viene esto, y quiénes son los adversarios?...

Men. Pues Santiago... y yo.

Florito ¿Cómo?

Men. Lo que usted oye.

Florito (Asombradísimo.) ¿Mi nieto y usted?

Men. Sí, señor.

Florito Eso no es posible. ¿Pero qué ha ocurrido entre ustedes?...

Men. Voy a decírselo a usted en cuatro palabras...

Florito Jesús, Jesús. Ese chiquillo...

Men. Escuche usted, don Florito. Estaba yo sentado anoche en la terraza del Casino con varios amigos, departiendo en ese animado coloquio en que se comentan las incidencias del día, cuando uno de ellos, Agustín Iracheta, usted le conoce...

Florito Sí, sí..

Men. Comenzó a hablar de Gudelia Giménez, de la encantadora viudita que con sus coqueteos trae vuelto el juicio a medio San Sebastián. Cada uno expuso su opinión sobre ella, y yo, queriendo hacer un chiste, me permití decir que la tal Gudelia era una viuda alegre, sin música de Lehar. Entonces, Santiago, que estaba detrás de mí, y a quien yo no había visto, rompió una lanza en favor de la honorabilidad de esa señora, y me increpó violentamente por las palabras que acababa de pronunciar.

Florito Pero...

Men. Sí, señor. En su acaloramiento me llamó mamarracho y pintamonas, lo cual constituye también un insulto para usted, porque acabo de pintar su retrato. Yo, para no llamar la atención, empecé tomándolo a broma, y traté de convencerle con mis explicaciones, pero él se negó a escucharlas, me dirigió tres o cuatro insultos más y me dijo no sé qué en latín... aunque supongo, sobre poco más o menos, lo que sería.

Florito Jesús, Jesús.

Men. Excuso decirle a usted que eso no podía quedar así. Yo fuí ofendido públicamente y esta mañana no he tenido más remedio que designar a dos amigos para que se entien-

dan con los dos que él designó anoche. Pero no he querido dejar de verle a usted antes de que se pongan definitivamente de acuerdo.

Florito Yo agradezco a usted en el alma esta prueba de su cariño hacia mí, amigo Menéndez.

Men. Sólo por usted me he decidido a dar este paso, incorrecto, ya lo sé, pero...

Florito Nada de incorrecciones. Los afectos deben estar por encima de todo.

Men. Eso pienso yo.

Florito Y esto debe arreglarse pronto y a todo trance.

Men. Sí, pero ya comprenderá usted que un hombre como yo, que ha estado a punto de ir al terreno dos o tres veces, no puede darse por satisfecho sin más explicaciones que dejen a salvo su buen nombre y su caballerosidad.

Florito Todo quedará a salvo. ¡Vaya unos disgustos que me está dando ese chiquillo! (Se levantan los dos.)

Men. ¡Y tanto defender a Gudelia para que anoche, precisamente a la hora en que con tanto ardor proclamaba Santiago su honradez, se escapase ella con el otro nieto de usted.

Florito Sí, ya me lo han dicho. Esa mujer, por lo visto, se ha propuesto volver loca a toda mi familia...

ESCENA VI

DICHOS y SANTIAGO, que sale del hotel

Florito Ah, Santiago, no te vayas, ven.

Sant. Yo no debo permanecer ahora donde esté ese caballero.

Men. (A don Florito.) ¿Ve usted?...

Florito Ven aquí, te mando que vengas aquí.

Sant. Y yo obedezo.

Florito ¡Valiente disgusto me has proporcionado!...

Sant. ¿Yo?

Florito Sí. Menéndez me ha contado con detalles lo sucedido. Ese proyectado lance no puede llevarse a efecto entre un nieto mio y un amigo de toda mi vida.

Men. (Apresurándose a protestar.) De toda no, don Florito.

Florito Yo no puedo consentir que ustedes lleguen a batirse.

Sant. Si este señor no hubiera venido a contárselo a usted...

Men. (Violentísimo.) Ah, ¿usted supone?

Sant. No supongo nada. Además, yo no tengo verdadero interés en ir al terreno.

Men. Pues sus palabras de anoche, el haber designado a dos amigos para que...

Sant. Lo hice en un momento de arrebato; pero. por qué negarlo? me ha pesado luego.

Florito (A Menéndez.) Me parece que esto ya es una explicación.

Men. (Envalentonándose al ver el giro que toma la cuestión.) Sí, pero no basta; sin que esto quiera decir que yo me empeñe en ir al terreno, aunque estos lances no le cojan desprevenido a un hombre que como yo domina todas las armas.

Sant. Yo también. A Raimundo, que es un gran tirador, le he dado bastantes botonazos.

Men. ¿A Raimundo?

Sant. Sí, señor.

Florito Como en nuestra casa de Madrid tenemos sala de armas, lo ha practicado bastante. Tira, tira bien...

Men. (Desagradablemente sorprendido.) ¡Caracoles!

Florito ¿Eh?

Men. No, nada. (Recogiendo velas.) Yo, teniendo en cuenta la edad de usted y la carrera que ha seguido, me limito a a exigir a usted...

Sant. (Con energía.) Como exigencia no daré explicación ninguna. Además, no hay que tener en cuenta ni mi edad ni la carrera que he seguido. Soy un hombre y sé defender mi dignidad.

Florito (Bajo a Santiago.) Bien, Santiaguito.

Men. Desde luego. (En tono amistoso.) Y yo reconozco que estuve algo imprudente al calificar, así a Gudelia, sabiendo lo enamorado que está usted...

Sant. (Exaltado.) Eso que está usted diciendo es una inconveniencia.

Men. (En tono más amistoso aún.) Sí, sí, claro, a usted

ya no le interesará desde el momento en que Raimundo y ella...

Sant. Otra inconveniencia.

Florito (Conciliador.) ¡Santiago, por Dios! .. ¡Amigo Menéndez!...

Men. No, si yo comprendo que el hecho de haber salido Gudelia y Raimundo de San Sebastián en el mismo tren, no significa nada. Puede haber sido una coincidencia.

Sant. No ha sido coincidencia.

Men. (Deseando terminar ya.) En cuanto a mí, lo declaro, sin que nadie me fuerce a ello, esa señora merece todos mis respetos.

Florito Amigo Menéndez, me parece que se ha corrido usted un poco.

Sant. De todas maneras, lo dicho por usted, dicho está.

Men. Claro.

Florito Cuestión terminada. Un acta que redactarán los amigos de ustedes, un par de firmas y tan amigos como antes.

Men. Por mi parte, no hay inconveniente.

Florito Ofrécele tu mano, hijo mío. (Santiago obedece.)

Men. Que yo estrecho con mucho gusto.

Florito La amistad, este afecto tan hermoso, no debe ponerse en peligro por cosas de tan escasa importancia

Men. Lo mismo pienso yo... Y con el permiso de ustedes, me retiro.

Florito Le acompañaré a usted hasta el jardín.

Men. Gracias. (Se despide de Santiago con una inclinación de cabeza.) ¿Le parece a usted que debo irme satisfecho? (A don Florito.)

Florito Sí, sí. Debe usted irse satisfechísimo. (Vanse don Florito y Menéndez por la izquierda.)

ESCENA VII

SANTIAGO y DOÑA MATILDE que sale por la derecha

Mat. Hijo mío, vengo de tu cuarto. Necesito que hablemos. Me tienes muy intranquila... ¿Qué hay de todo eso que me han dicho?...

Sant. ¿Qué te han dicho?

Mat. No sé qué de Gudelia... y de Raimundo y de ti ..

Sant. Ay, mamá, yo te suplico que no me obligues a hablar de eso... Estoy muy nervioso.

Mat. Pero, dime al menos...

Sant. Déjame, por Dios. Tocan en el convento. Me voy al Rosario.

Mat. ¿Al Rosario?

Sant. Sí, ya hablaremos de todo. Tengo que decirte muchas cosas. (Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

DOÑA MATILDE y MARÍA que sale del hotel

Mat. ¡Al Rosario!... ¡Dice que al Rosario!... ¡Milagro, María, milagro!...

María ¿Qué sucede?

Mat. Que Santiago vuelve, por lo visto, al buen camino... Dios me ha oído, no me cabe duda. No en balde había yo prometido que si reformaba sus costumbres, llevaría dos meses hábito mi doncella.

María Tanto como usted me alegro yo de este cambio que ha experimentado Santiago, debido a lo que es debido. Segura estoy de que ahora, amargado por su desengaño, se arrepentirá de las locuras pasadas y volverá a ser para usted el hijo bueno y cariñoso. Así, teniéndole a él al lado, no me echará usted tanto de menos.

Mat. ¿Echarte de menos?... ¿Por qué?...

María Porque yo este invierno... les abandonaré a ustedes.

Mat. ¿Tú?... ¿Abandonarnos tú?... ¿A dónde piensas ir?... Tal vez era esto a lo que se refería mi padre al decir que tu dolor de cabeza respondía a... no sé qué cosas... ¡Porque yo no sé nada de nada!...

María Pus va usted a saberlo. Usted es la primera que va a enterarse de mi resolución.

Mat. Gracias a Dios que voy a saber algo antes que nadie. (Se sienta.)

María Lo he pensado mucho, no se crea usted que me dejo llevar del primer impulso, no... He meditado mucho el paso que voy a dar... ¡Y ya estoy resuelta!... Me he convencido de

que mi vocación es firme, y guiada por ella, este invierno les dejaré a ustedes para entrar en un convento.

Mat. Jesús, ¿te has vuelto loca?...

María ¿Loca porque quiero meterme monja, tía?

Mat. Es que tú nunca has indicado tener semejante vocación.

María ¡Pues en el fondo la tenía!

Mat. Tan en el fondo, que nadie la había conocido.

María Crea usted que no lo he hecho antes por no dejar a usted sola; pero ahora ya es distinto. Queda Santiago en mi puesto...

Mat. Sí, sí, bien engañada está la madre que cuenta con la compañía de un hijo.

María Pero Santiago...

Mat. Es como todos. Lo que separa a los hijos de las madres no es la falta de amor, es el deseo que tienen de correr... y como nosotras vamos ya tan despacio... La vida les hace olvidar que cuando fuimos jóvenes como ahora son ellos, contuvimos nuestros pasos y los ajustamos a los suyos, llevándoles de la mano, para que no se cayesen al empezar a andar.

María Santiago la quiere a usted mucho.

Mat. Aun así. La sola idea de que has de separarte de mí, me disgusta profundamente. ¡Tú que has sido siempre mis pies y mis manos!... (Se levanta.) Lo que has pensado es imposible, imposible...

ESCENA IX

DICHAS y DON FLORITO que sale por la izquierda.

Florito Y, ¿qué es imposible?...

Mat. Lo que ésta me ha dicho hace un momento.

Florito ¿Qué la has dicho?

Mat. ¡Que quiere meterse monja!...

Florito Pero, chica, ¿estás en tu juicio?... ¿A qué viene eso ahora?

Mat. (A María.) Ya lo sabes, no cuentes con mi consentimiento para semejante locura... Locura no, porque se trata de una cosa santa,

sino disparate... No; quiero decir... (Acabando por hacerse un lío.) ¡No sé lo que quiero decir!... El demonio lo enreda todo. Perdóneme Dios... Jesús, Jesús y Jesús. (Vase doña Matilde.)

ESCENA X

MARÍA y DON FLORITO

Florito (Acercándose a María cariñosamente.) ¿Qué es esto, hija mía, qué es esto?...

María Usted es quien menos debe extrañarse de mi resolución.

Florito ¿Yo, por qué?...

María Después del desengaño que he sufrido...

Florito ¿Desengaño?... ¡Y lo dices precisamente cuando acaso se haya facilitado la realización de tus esperazas!...

María Santiago está enamoradísimo de Gudelia.

Florito Pero ahora... después de lo que ha ocurrido, ¿o tú no sabes lo que ha ocurrido?

María ¿Qué?

Florito La viudita y tu primo Raimundo salieron ayer juntos de San Sebastián, dando la gran campanada.

María ¿Y lo sabe Santiago?

Florito Ya lo creo que lo sabe. ¡Y figúrate qué desilusión para él!

María Es verdad; pobrecillo...

Florito Ahora, en los primeros momentos, claro, no ha de olvidarla todavía; pero cuando esta lección durísima haya hecho su efecto, acaso reparará en ese amor que antes para él pasó inadvertido. ¡No pierdas la esperanza, hija mía!... Yo veo ahora más facil que se realicen tus sueños.

María No, no, papá Florito. Santiago no corresponderá nunca a este cariño mío. Se enamorará de otra y... ya le perderé para siempre... No quiero hacerme ilusiones, que por experiencia sé lo que cuesta renunciar a ellas... Entraré en el convento. Usted me ayudará a convencer a la tía...

Florito No. A eso no te ayudo.

ESCENA XI

DICHOS y SANTIAGO que sale por la izquierda

Florito Hola, Santiaguito, ¿de dónde vienes?

Sant. Del Rosario.

Florito ¿Tú del Rosario?... (A María.) ¿Oyes?... ¿Viene del Rosario?...

Sant. ¿Y por qué le sorprende a usted?

Florito No; ni me desagrada ni me sorprende. Es natural en ti. Después de tantos años de respirar el ambiente religioso, ha de serte siempre agradable.

Sant. Sí que lo es.

María ¡Consuela mucho!

Sant No lo sabes tú bien.

Florito Bueno, bueno, dejemos ahora estas conversaciones que a nada conducen.

Sant. No, precisamente de eso tenía que hablar con usted y con mi madre.

Florito ¿Eh?...

Sant. Estoy convencido, papá Florito. ¡Yo no sirvo para esta vida! Me vuelvo al Seminario.

Florito ¿Al Seminario otra vez?... Pero hombre, esto ya es demasiado. ¡Tú cura, ésta monja!

Sant. ¿Monja tú?

Florito Sí. ¡Y yo obispo!... ¡Estamos todos locos!

María Escuche usted.

Florito ¡Déjame en paz!... No quiero escuchar más tonterías. El uno esposo de la Iglesia; la otra, esposa del Señor... Con tales desposorios ya puedo despedirme de mis biznietos. (Vase por la izquierda.)

ESCENA XII

MARÍA y SANTIAGO

Sant. Tiene razón papá Florito al decir que tú no debes ser monja.

María En lo que tiene razón es en decir que tú no debes ser cura.

Sant. Yo tengo vocación.

María ¿Y crees que yo no la tengo?...

Sant. Tú no la has tenido nunca ni hay razón para que la tengas ahora.

María ¡Qué sabes tú!... ¡Que sabeis ningún hombre lo que pensamos las mujeres!...

Sant. Es verdad... ¡Eso sí que no lo sabemos!... Así nos llevamos estos chascos!...

María Te advierto que todas no somos *Gudelias.*

Sant. Hazme el favor de no pronunciar ese nombre. (Se dirige hacia el hotel.)

María ¿Dónde vas?

Sant. Allá dentro, que aquí se nota un olor a madreselvas que no lo puedo aguantar.

María ¿Te molesta?

Sant. (Deteniéndose,) Sí, porque trae a mi memoria un momento en que estuve en ridículo. ¡Aquellas flores fueron causa de que ella desde aquél día, prefiriese a Raimundo!

María Eso no. No hagas responsables a esas florecillas de lo que no tienen la culpa. Mira, yo tengo un librito que a todas las mujeres nos gusta mucho y que consultamos algunas veces. El lenguaje de las flores. La tarde aquella, lo miré yo, y ví lo que significan las madreselvas... ¿No lo sabes tú?

Sant. (Se sienta.) ¡Yo no!... ¿Qué me importa ya?

María Pues quieren decir: prisionero de amor. Y yo al leerlo me acordé de ti y recordé las palabras de Gudelia: Una mujer puede colocar sobre su pecho todas las flores que le ofrezcan sus adoradores...

Sant. Lo recuerdo. Aquellas palabras fueron para mí una puñalada.

María Y para mí.

Sant. (Extrañado.) ¿Para ti?... ¿Por qué?

María Pues... por lo mismo que lo eran para ti. Al hacerte a ti daño, me hacían daño a mí también.

Sant. ¡Te suplico que no me hables de esto!... Quiero borrarlo de mi memoria. ¡Quiero olvidar, María!

María ¿Y estás seguro de que en el Seminario conseguirás olvidarla?... ¿No te engañarás al creer que allí encontrará tu alma el bálsamo que necesita?

Sant. No, no me engaño.

María (Acercándose a él cariñosamente.) Piénsalo bien, Santiago. Aquí todo es luz, allí todo es sombra.

Sant. Pues si esto es tan hermoso, ¿por qué quieres dejarlo tú?

María No hablemos de mí ahora.

Sant. Sí, hablemos, hablemos... (Se levanta.) Yo no puedo consentir que te encierres por toda tu vida, cuando tienes todas las condiciones para ser dichosa. ¿Qué te falta aquí? Tienes juventud, belleza, bienestar, cariño...

María ¡Cariño!... Es verdad; pero...

Sant. Entonces... ¿Algún desengaño amoroso?... ¡Acaso!... Tú me dijiste una vez que querías a uno y hasta te incomodaste porque no te pregunté quien era.

María (Rápidamente.) No hablemos de eso ahora...

Sant. ¿Por qué?... Ahora precisamente es cuando quiero saber su nombre.

María No, no...

Sant. Pero ¿vamos a ver?. . Yo no me explico esto. ¿En qué ha cambiado para ti la situación respecto de ese hombre, ¡sea el que sea!, para que tomes ahora una resolución en que no habías pensado antes?... ¿Te ha dado algún disgusto?... ¿Se ha portado contigo de una manera que merezca algún correctivo?... (Con energía.) ¡Aquí estoy yo para imponérselo! Tú no estás desamparada en el mundo!... ¡Dime quién es!... Yo soy bastante discreto para no decírselo a nadie!... (María llora.) ¡Parece mentira que haya quien haga sufrir de esta manera a una muchacha tan buena y tan bonita como tú!... ¡Ese hombre no tiene perdón de Dios!

María No, no lo tiene.

Sant. Pues le buscaré y haré que pague caras esas lágrimas. Dime su nombre. ¡Dímelo!

María (Suplicante.) ¡Santiago!

Sant. (Sin comprender aún.) Dímelo...

María (Llorando.) ¡Santiago!. .

Sant. (Más ciego cada vez.) ¿No quieres decirlo? ¡Está bien!... Te obstinas en callar... ¡Yo lo averiguaré!... Pero no llores, por Dios, no llores. Me hace mucho daño verte así.

María ¿Te hace daño?

Sant. Mucho. Y ante todo prométeme que no te irás al Convento. No le des ese disgusto a mi madre.

María Pues no vuelvas al Seminario. No le des a tu madre ese disgusto.

Sant. Yo no puedo vivir aquí. Este desengaño me ha hecho odiosa la vida.

María Tu madre y yo procuraremos consolarte. (Acercándose a él, y con ternura.) Oyelo bien, Santiago. Sólo hay un medio para evitar que yo vaya al Convento. Sigue con nosotros unos cuantos meses más y si en ese tiempo, entre tu madre y yo no hemos logrado que deseches la idea de volver al Seminario, te dejaré marchar y... yo... entraré en un Convento.

Sant. (Empezando a comprender.) ¿Ah, depende de mí el que tu renuncies?...

María Sólo de ti...

Sant. María...

María Santiago.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DOÑA MATILDE que sale del hotel y DON FLORITO que sale por la izquierda. Al verlos, María se dirige hacia doña Matilde y Santiago hacia Papá Florito, abrazándose a ellos.

Sant. ¡Papá Florito!

María ¡Tía Matilde, por ahora no voy al Convento!

Sant. Por ahora no voy al Seminario.

Mat. (A Santiago.) ¿También tú pensabas abandonarme? ¿Y qué te ha hecho renunciar a esa resolución?

Florito (A doña Matilde.) Ya lo sabrás, mujer. Ya te lo diré cuando sea oportuno.

Mat. ¡Sí; como siempre ocurre, yo seré la última que se entere de todo!

Florito Ya te enterarás cuando te hagan abuela. (A María y a Santiago.) Ah, una advertencia: a los que vengan, nada de bisabuelo. ¡Papá Florito, siempre papá Florito!...

Sant. (Abrazando a su abuelo.) ¡Papá Florito!...

(Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras del mismo autor

Madrecita.—Cuadro de comedia en prosa, original.

El nido de la paloma.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

La leyenda del maestro.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

El redil.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

Hormiguita.—Comedia en dos actos y en prosa, original.

Gramática parda.—Entremés en prosa, original.

Las madreselvas.—Comedia en tres actos y en prosa, original.

PRECIO: DOS PESETAS